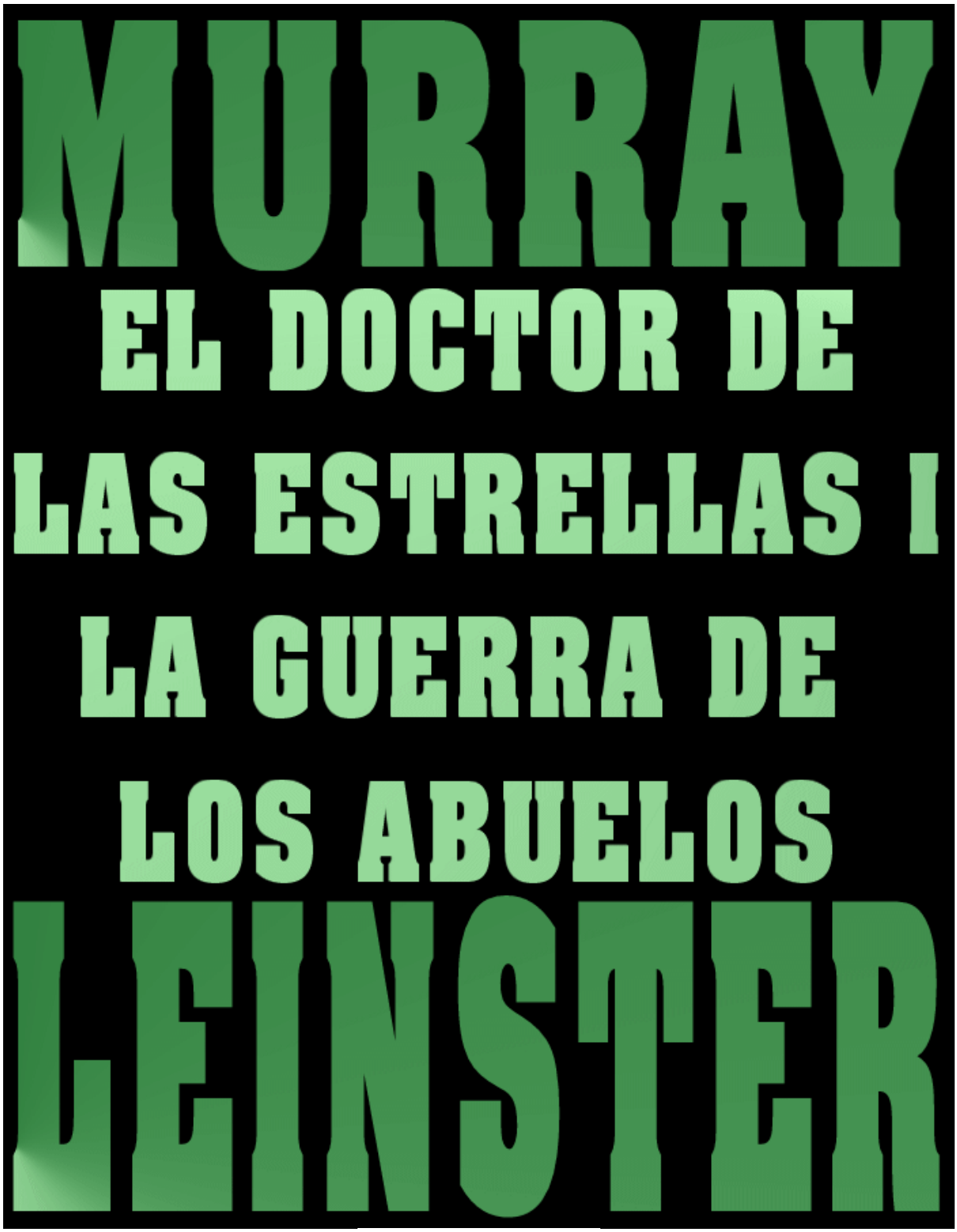
EL DOCTOR DE LAS ESTRELLAS I
LA GUERRA DE LOS ABUELOS
MURRAY LEINSTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LA GUERRA DE LOS ABUELOS

Primera parte

«...Ningún hombre puede ser completamente eficiente si espera por lo que hace alabanzas. La incertidumbre de esta recompensa, como indica la experiencia, conduce a modificar las acciones de uno mismo para incrementar su probabilidad de conseguirlas... Si no se le permite el propósito de asegurarse la admiración, tiende en convertir en primario ese propósito y a convertir en secundario su propio trabajo. Esto cuesta vidas humanas...»

Manual del Servicio Médico Interestelar.
Párrafos 17-18.

* * *

El pequeño Navío Médico pareció absolutamente inmóvil cuando sonó el aviso del corte de tiempo. Luego continuó pareciendo inmóvil. Las cintas con ruido de fondo continuaron emitiendo los sonidos pequeños y sin relación posible alguna que ocurren inadvertidos en todos los lugares en donde viven los seres humanos, pero que tienen de producirse en un navío en superimpulsión para que un hombre no se vuelva loco por causa del mortal silencio.

El aviso del corte del tiempo era el anuncio de que iba a cambiar la forma de las cosas.

Calhoun apartó su libro - el Manual del Servicio Médico - y bostezó. Se levantó de su litera para asear la nave. Murgatroyd, el «tormal», abrió los ojos y le miró adormilado, sin desenroscar su peluda cola de en torno a su morro.

- ¡Desearía poder actuar con tu apreciación realista de los hechos, Murgatroyd! - exclamó con aire crítico Calhoun -. Esto, de todas maneras, es un caso sin importancia, y lo tratas como a tal, mientras que yo echo chispas cada vez que pienso en su futilidad. Estamos en una misión dada, Murgatroyd... una gentileza del Servicio Médico, que tiene que responder a las llamadas históricas al igual que a las sensatas. ¡Estamos desperdiciando nuestro tiempo!

Murgatroyd parpadeó somnoliento y Calhoun le sonrió con malicia. El Navío Médico era una nave espacial de cincuenta toneladas - pequeñísimo en realidad en estos días - con una tripulación compuesta exclusivamente por Calhoun y Murgatroyd, el «tormal». Era una de esas navecillas con las que el Servicio Médico trata de visitar cada planeta colonizado por lo menos una vez cada cuatro o cinco años. La idea es asegurarse de que todos los nuevos desarrollos en salud pública y en medicina individual se extiendan ampliamente y tan de prisa como sea posible. Habían naves médicas mayores para enfrentarse a las situaciones peligrosas y a las emergencias de nueva especie. Pero todos los Navíos Médicos debían poder enfrentarse a todo lo posible, aunque sólo fuese porque el viaje espacial consumía enormes cantidades de tiempo.

Este en particular, por ejemplo: Un mensaje de emergencia había llegado al Cuartel General del Sector desde el gobierno planetario de Phaedra II. Transportado por un navío comercial en superimpulsión a muchas veces la velocidad de la luz, costó tres meses llegar al Cuartel General. Y la emergencia para la que se pedía ayuda resultaba absurda. Decía el

mensaje que había un estado de guerra entre Phaedra II y Canis III. La acción militar contra Canis III comenzarla en breve. Se pedía ayuda del Servicio Médico para los heridos y los enfermos. Se suscitaba para ayuda inmediata de urgencia.

La simple idea de la guerra, naturalmente, parecía ridícula No podía haber guerra entre los planetas. Los mundos se comunicaban entre si por espacionaves, seguro, pero el motor interplanetario Lawlor no funcionaría excepto en el espacio sin límites y, claro, la superimpulsión era igualmente inoperable en el campo gravitacional de un planeta. Así una nave que saliera hacia las estrellas, tenía que ser elevada no menos que cinco diámetros planetarios desde el suelo antes de que pudiera conectar cualquier motor propio similarmente, tenía que bajar una distancia igual para aterrizar después de que sus motores quedasen inusables. El viaje espacial era práctico sólo porque había rejillas de aterrizaje... unas enormes estructuras de acero que utilizaban el poder de la ionosfera de un planeta para generar los campos de fuerza que servían para el amarre y el lanzamiento de navíos desde y al espacio. Por tanto, las rejillas de aterrizaje eran necesarias para los aterrizajes. Y en ningún mundo harían aterrizar a un navío hostil sobre la superficie. Pero es que una rejilla de aterrizaje podía lanzar bombas o proyectiles al igual que navíos, y por esa causa podía defender su planeta, absolutamente. Si no podían haber ataques y sí defensa, era imposible que se produjeran guerras.

- Todo el asunto es un tontería - dijo Calhoun -. Llegaremos allí después de pasar tres meses de viaje, con la situación ya con medio año de antigüedad, o bien habrá finalizado por un compromiso o estará olvidada y a nadie le gustará que se la recuerden. ¡Y habremos desperdiciado nuestro tiempo y talento en una tarea ingrata que no existe ni puede existir! ¡El Universo se ha vuelto loco, Murgatroyd! ¡Y nosotros somos las víctimas!

Murgatroyd voluptuosamente desenroscó la cola de en torno a su morro. Cuando Calhoun hablaba tanto, eso significaba sociabilidad. Murgatroyd se puso en pie, se desperezó y dijo:

-«Caray»

Esperó. Si Calhoun realmente quería conversación, Murgatroyd le complacería. Adoraba fingir que era humano. El y los de su clase imitaban los actos humanos como los loros imitan la conversación. Murgatroy ronroneó un poquito, para mostrar que estaba preparado para hablar.

-«¡Chee-chee-chee!» - dijo con tono conversacional.

- Advierto que estamos de acuerdo - contestó Calhoun -. Comencemos la limpieza.

Comenzó con los asuntos pequeños del cuidado de la casa que uno descuida si sabe que nada puede ocurrir durante bastante tiempo. Los libros volvieron a su lugar. Los archivos fueron ordenados, así como los carretes de datos especiales que Calhoun había solicitado para estudiar. Calhoun lo puso todo limpio y ordenado en previsión del aterrizaje y de posibles visitantes.

* * *

Al poco el reloj de ruptura indicó que faltaban veinticinco minutos más de superimpulsión. Calhoun volvió a bostezar. Como toda organización do servicio interestelar, el Servicio Médico tenía que hacer cosas bastante tontas. Los gobiernos regidos por políticos así lo requerían. Sin embargo, los representantes del Servicio Médico siempre tenían que estar bien informados sobre los problemas que surgían. Durante este viaje Calhoun recibió la orden de leer sobre aquella locura antigua que antaño se llamaba arte de la guerra. No le gustó lo que aprendió sobre las acciones de sus antecesores. Reflexionó que por fortuna tales cosas no podían ocurrir ya más y tornó a bostezar.

Se encontraba ya sujeto por los cinturones en la silla de control diez minutos antes de que e1 navío tuviera que regresar a un estado normal de cosas. Se permitió el lujo de un nuevo bostezo y aguardó.

La cinta de aviso chirrió por segunda vez. Una voz dijo:

-«Cuando el gong suene, la ruptura se producirá a los cinco segundos». - Hubo un pesado y rítmico tick-tack. Siguió y siguió. Luego el gong ***y*** una voz que dijo -: «Cinco... cuatro... tres...

No completó la cuenta. Se produjo un ruido potente y desgarrador y el trazado de un arco. Se percibió olor a ozono. El Navío Médico saltó como un caballo desbocado. Salió por la superimpulsión dos segundos antes de tiempo. Los cohetes automáticos de emergencia rugieron y le lanzaron hacia allá... y lo cambiaron de curso violentamente lanzándole en dirección opuesta pareciendo luchar desesperados contra algo que frustraba cada maniobra que intentaban. A Calhoun se le pusieron los pelos de punta hasta que se dio cuenta de que el indicador de campo externo mostraba un campo de fuerza terriblemente artificial apoderándose del navío. Cortó los cohetes cuando sus sacudidas pugnaban por arrancarle del sillón.

Hubo quietud. Calhoun bramó en el espaciofono:

-¿Qué pasa? ¡Este es el Navío Médico «Esclipus Veinte»! ¡Se trata de una nave neutral! - el término «Nave Neutral» era nuevo en el vocabulario de Calhoun. Lo había aprendido mientras estudiaba los modales y costumbres de la guerra en el viaje en superimpulsión -. ¡Corten esos campos de fuerza!

Murgatroyd chilló indignado. Algún movimiento errante del navío le arrojó a la litera de Calhoun, donde se agarró a una manta con sus cuatro patas. Luego otra sacudida le despidió con la manta hasta un rincón, donde luchó por librarse, parloteando amargamente.

-¡Somos no combatientes! - gritó Calhoun... otro vocablo nuevo.

Una voz gruñó por el altavoz del espaciofono.

-«Prepárese para la comunicación por rayo luminoso» - dijo con pesadez -. «Mientras tanto, guarde silencio».

Calhoun rezongó. Pero un Navío Médico no era una nave armada. Hoy en día no habían naves armadas. No en el curso normal de los acontecimientos. Pero naves de alguna especie habían estado de guardia ante la posibilidad de un navío en este lugar particular. Pensó en la palabra «bloqueo» - otra parte de su educación en el arte pasado de moda de la guerra. Canis III estaba bloqueado.

Buscó el navío que tan de prisa le capturase. Nada. Se adelantó a la amplificación de sus pantallas visoras. Otra vez nada. El sol Canis llameaba delante y debajo y se veían estrellas sospechosamente brillantes que por su colorido eran probablemente planetas. Pero el Navío Médico estaba aún bastante más allá de la parte habitable de un astro de la clase solar, con sistema propio.

Calhoun quitó la tapa de una célula fotoeléctrica y aguardó. Una luz nueva y brillante parpadeó, cobrando ser. Osciló. Ajustó la célula fotoeléctrica a la pantalla, tapando la brillantez y enchufó el cordón de un amplificador de audiofrecuencia. Un zumbido apagado sonó. No tan claramente como la voz del espaciofono, pero si lo bastante para oír las palabras siguientes:

-«Si es usted el Navío Médico "Esclipus Veinte", responda por rayo de luz, citando sus órdenes. »

Calhoun ya estaba oprimiendo otro botón y en algún lugar una lámpara de señales salía de su lugar en el casco. Dijo irritado:

-¡Les enseñaré mis órdenes, pero no efectuaré una actuación de dramáticas lecturas! ¡Este es un negocio infernal! ¡Yo vine aquí porque se me llamó, para ser un ángel administrador o una dama con una lámpara, o algo igualmente improbable! ¡No vine aquí

para que me sacasen de la superimpulsión, aunque ustedes estén en guerra! ¡Este es un Navío Médico!

La voz ligeramente turbia dijo con la misma energía de antes:

-«Sí, esto es una guerra. Le esperábamos. Deseamos que lleve nuestro aviso final a Canis III. Síganos a nuestra base y recibirá instrucciones.»

Calhoun respondió entrecortadamente:

-¡Remólquenme! ¡Cuándo me arrastraron de la superimpulsión me estropearon prácticamente toda la potencia de la nave!

-«¿Chee?» - exclamó Murgatroyd, y trató de plantarse sobre sus cuartos traseros para mirar a la pantalla. Calhoun le apartó. Cuando recibió el acuse de recibo del otro navío invisible y empezó a sentir ese arrastre acolchado del remolque, cortó el micrófono conectado al rayo de luz.

- Lo que dije no es del todo verdad, Murgatroyd - dijo someramente al «tormal» -. Pero hay guerra. Para ser neutral he de aparecer impresionantemente desvalido. Eso es lo que significa neutralidad.

Pero estaba muy lejos de sentirse tranquilo. Las guerras entre los mundos eran llanamente imposibles. Los hechos del viaje espacial las hacían inimaginables.

No obstante, allí parecía haber una guerra. Algo ocurría, cualquier cosa, que era contrario a todos los hechos de la vida en los tiempos modernos. Y Calhoun se veía envuelto. Exigían que cambiase inmediatamente todas sus opiniones y todas sus ideas de lo que podía tener que hacer. El Servicio Médico no podía sentirse partidario de ninguno de los bandos sobre una guerra, claro. No tenía derecho a ayudar a un lado o al otro. Su función inalterable era prevenir la muerte innecesaria de seres humanos. Así que no podía ayudar a ningún combatiente para obtener la victoria. Por otra parte, no se quedaría meramente cruzado de brazos, cuidando a los heridos y aliviando las catástrofes individuales y permitiendo por su inacción que el número de éstas creciera.

-¡Esto es el diablo! - exclamó Calhoun.

-«¡Chee!» - dijo Murgatroyd.

El Navío Médico estaba siendo remolcado. Calhoun lo había pedido y le complacían. No habría manera de remolcarle si se carecía de un enlace físico entre los navíos. No habían campos de fuerza que pudieran realizar la función - las rejillas de aterrizaje los usaban constantemente -, pero estas no estaban montadas en los navíos - por lo menos en las naves ordinarias. Ese hecho preocupó a Calhoun.

- Alguien se ha tomado mucho trabajo - dijo ceñudo -, como si las guerras volviesen a estar de moda y ese alguien se preparara para realizarlas. De todas maneras, ¿qué es lo que nos capturó?

La solicitud de ayuda del Servicio Médico habla venido de Phaedra II. Pero la acción militar si habla alguna - se afirmaba que tendría lugar sobre Canis III. El llameante sol vecino y su familia de planetas estaban en el sistema solar de Canis. Las posibilidades eran, por tanto, que se hubiese visto arrebatado de superimpulsión por la flota de Phaedra. Se le había esperado. Le ordenaron que no utilizara el espaciofono. Las fuerzas locales no se preocuparían si el planeta les escuchaba. Los invasores, sí. A menos que hubiesen dos flotas espaciales en el vacío, buscando posición para una batalla en el éter. Pero eso era absurdo. No podían haber batallas en el espacio sin limites donde cualquier navío podía entrar en el vuelo de superimpulsión en una fracción de segundo.

- ¡Murgatroyd, todo esto está equivocado! - dijo Calhoun con tono de queja -. ¡No le encuentro ni pies ni cabeza! ¡Y tengo el presentimiento de que hay algo considerablemente más equívoco de lo que me imagino! Según deduzco, el que nos ha enganchado es un navío phaedriano. No parecieron sorprenderse cuando dije quién era. Pero...

Revisó el tablero de instrumentos. Examinó las pantallas. Habían planetas de sol amarillo, que ahora aparecía delante casi muerto. Calhoun vio un creciente casi infinito y supo que le remolcaban hacia el mundo que quedaba en la parte del sol. En la actualidad, no necesitaba remolque. Lo había pedido sin motivo particular, excepto para pillar en una falta a quien le había detenido. Insultar y averiar a un Navío Médico sería impropio incluso en la guerra... especialmente en la guerra.

Sus ojos volvieron al dial del campo externo. Había un campo de fuerza apoderándose de la nave. Era del tipo utilizado por las rejillas de aterrizaje... un tipo impráctico para usarlo a bordo de un navío. Una rejilla que generase tal campo de fuerza debería tener un palmo de diámetro por casi veinte kilómetros de alcance. Un navío para estar al alcance de su captor tendría que ser tan grande como una rejilla planetaria de aterrizaje. Y ninguna rejilla planetaria de aterrizaje podría manipularlo.

Luego, los ojos de Calhoun se desorbitaron y se quedó boquiabierto.

-¡Murgatroyd! - exclamó, abrumado -. ¡Maldición, es verdad! ¡Han encontrado una manera de pelear!

Durante muchos centenares de años no se habían originado guerras y no habla necesidad ahora de ellas. Calhoun estuvo últimamente estudiando los archivos sobre la guerra en todos sus aspectos y consecuencias y como médico se sintió ultrajado. La matanza organizada no parecía un proceso cuerdo para llegar a conclusiones políticas. Toda la cultura galáctica se basaba en la feliz convicción de que las guerras no podrían volver a producirse. Si esto era posible, probablemente ocurriría. Calhoun conocía bien la humanidad, y lo suficiente como para estar seguro.

-«¿Chee?» - preguntó Murgatroyd inquisitivo.

- ¡Tienes suerte de ser un «tormal»! - le contestó Calhoun - Jamás tendrás que avergonzarte de los de tu especie.

La información de fondo que tenía sobre el arte de la guerra en general le hizo sentirse exceptico por anticipado sobre la información que al poco se le daría. Tendría que ser lo que solía llamarse propaganda, ofrecida a él bajo el nombre de instrucciones. Estaría de acuerdo con su persona de que las guerras en general eran horribles, pero que seria mucho más plausible de destacar, con pesar profundo, que esta guerra particular, celebrada por este bando también particular, era a la vez admirable y justa.

-¡Lo que no creería aun cuando fuese verdad! - exclamó Calhoun sombrío.

II

«La información asegurada de otros es invariablemente y en cierto modo insegura. Una afirmación completa y razonada de una serie de acontecimientos está casi innecesariamente recortada y distorsionada y editada, o no aparecería razonable y completa. Los informes sinceramente factuales de cualquier serie de acontecimientos, sí son honrados, contendrán elementos inconsistentes o irracionales. La realidad es en exceso demasiado compleja para ser reducida a simples afirmaciones sin suprimir mucho de los hechos...»

Manual del Servicio Médico Interestelar. *Pág. 25*

* * *

Pudo comprobar su hipótesis acerca de los medios por los que se hacía práctica la guerra interestelar, cuando el Navío Médico fue aterrizado. Normalmente, una rejilla de aterrizaje era una gigantesca estructura achaparrada de vigas de acero, de un kilómetro de altura y casi dos de diámetro. Descansaba sobre un lecho rocoso, estaba soldada en una unión irrompible con la substancia de su planeta y extraía energía de la ionosfera. Cuando el Navío Médico

llegó a la oscuridad abismal de la sombra del planeta más próximo, se produjeron largas, larguisimas pausas en la que pendió aparentemente inmóvil en el espacio. Produjéronse enormes y ocasionales balanceos, como si algo extendiese invisibles manos y tanteara para asegurarse de que allí estaba la nave. Y Calhoun utilizó su indicador de objetos más próximos para observar que algo muy enorme palpaba en su torno y que al poco se convertía en estacionario en el vacío para luego moverse rápida y seguramente descendiendo en la negrura que era el lado nocturno del planeta. Cuando ello y la superficie planetaria fueron uno, el Navío Médico comenzó su rápido descenso en el asidero de los campos de fuerza tipo rejilla de aterrizaje.

Tomó tierra en el centro de una rejilla, pero ésta no era de las típicas. Tampoco era achaparrada, sino tan alta como amplía. Mientras el navío descendía, vio luces en la célula del sistema de control, a mitad de camino del suelo. Era sorprendente, pero obvio. Los raptores del Navío Médico habían construido una rejilla de aterrizaje que era en realidad un navío. Era una reja que podía cruzar el vacío entre las estrellas. Podía dedicarse a la guerra ofensiva.

- Resulta infernalmente sencillo - dijo Calhoun a Murgatroyd, con disgusto -. Las normales rejillas de aterrizaje se enganchan con algo del espacio y tiran de él hasta el suelo. Este chisme se engancha en algo del suelo y se empuja fuera hasta el espacio. Viajará por medio del motor Lawlor o superimpulsión y cuando llegue a alguna parte en que pueda trabar cualquier zona de otro mundo y descenderse a sí mismo, de manera que logre anclarse, tendrá resuelto el problema. Luego puede hacer aterrizar la flota que viajó consigo. Es en parte un dique seco flotante parte una nave de aterrizaje, y actualmente ambas cosas. Es un espaciopuerto prefabricado que se instala en cualquier lugar elegido a placer. ¡Lo que significa que es el arma más mortífera de los pasados mil años!

- Murgatroyd trepó a su regazo y parpadeó sabiamente mirando las pantallas. Mostraban los alrededores del Navío Médico, ahora en tierra plantado sobre su cola. Por encima se veían innumerables estrellas. En su torno una blancura de nieve. Pero habían luces. Navíos descansando sobre un terreno helado.

- Sospecho - gruñó Calhoun -, que podría tratar de escapar con los cohetes de emergencia y colocarme más allá del horizonte antes de que pudieran capturarme. ¡Pero esto es simplemente una base militar ordinaria!

Consideró sus recientes estudios sobre las guerras históricas, de batallas y matanzas, de pillaje y saqueo. Incluso los hombres modernos y civilizados se convertirían muy rápidamente en salvajes una vez que hubiesen tomado parte en una batalla Inimaginables enormidades de otros tiempos no tardarían en ocurrir si los hombres regresaban a tal barbarie. Tales cosas podían estar ya presentes en las mentes de los tripulantes de aquellas espacionaves.

- Tú y yo, Murgatroyd - dijo Calhoun -, quizás seamos los únicos hombres racionales por entero de este planeta. Y tú no eres hombre.

-«¡Chee!» - chilló Murgatroyd. Parecía alegrarse de no serlo.

- Pero tenemos que inspeccionar la situación antes de intentar algo noble e inútil - observó Calhoun -. Pero, sin embargo... ¿Qué es eso?

Miraba con fijeza la pantalla que mostraba luces en el suelo moviéndose hacia el Navío Médico. Eran transportadas por hombres a pie, caminando sobre la nieve. Mientras se acercaban resultó que también llevaban armas. Eran instrumentos feos y curiosos... como rifles deportivos, excepto que sus cañones eran imposiblemente largos. Tendrían que ser... Calhoun repasó su nuevo almacén de información... serian lanzadores de cohetes en miniatura, capaces de disparar pequeños proyectiles con potentes cargas que destruirían fácilmente el Navío Médico.

A treinta metros, se separaron para rodear la nave. Sólo un hombre avanzó.

- Voy a dejarle entrar, Murgatroyd - observó Calhoun -. En la guerra el hombre debe ser educado con cualquiera que lleve un arma capaz de hacerle pedazos. Es una de las leyes bélicas.

Abrió las puertas internas y externas. El resplandor del interior de la nave originó brillos blancos sobre la nieve virgen. Calhoun se plantó en la abertura, observando que cuando su aliento salía hacia el exterior se convertía en una blanca niebla.

- Me llamo Calhoun - dijo con sequedad a la sola figura que se acercaba -. Servicio Médico Interestelar. ¡Un neutral, no combatiente, y en este instante enojadisimo por lo que ha pasado!

Un hombre con barba gris, de ojos ásperos, avanzó hasta la puerta abierta. Asintió.

- Me llamo Walker - dijo -. Se supone que soy el jefe de esta expedición militar. Por lo menos, mi hijo es el jefe del... eje... del enemigo, lo que me convierte a mi en el hombre lógicamente indicado para dirigir el ataque contra ellos.

Calhoun no creía del todo lo que estaba oyendo, pero prestó atención. Un padre y un hijo en confianza por ninguna de las partes, puesto que esos eran los conceptos que privaban en la guerra. Y ciertamente, su parentesco apenas tendría una calificación especial para permitirles alcanzar la jefatura en ningún momento.

Hizo un gesto invitador y el hombre de la barba gris subió por la escalerilla hasta la portezuela. De algún modo no perdió ni el menor ápice de dignidad mientras ascendía. Entró con solidez en la escotilla de aire y luego en la cabina de la nave.

- Si me permite, cerraré las compuertas - dijo Calhoun -, siempre y cuando sus hombres no interpreten mal la acción. Hace frío fuera.

El recio hombre de la barba se encogió de hombros.

- Destrozarán su nave si trata de despegar dijo -. ¡Están de humor para acabar con cualquier cosa!

Con el mismo aire de confianza, avanzó hasta un asiento. Murgatroyd lo miró con recelo. El recién llegado ignoró al animalito.

-¿Y bien? - preguntó con impaciencia.

- Soy del Servicio Médico - contestó Calhoun -. Puedo demostrarlo. Deberé permanecer neutral en lo que está ocurriendo. Pero se me pidió que viniese por el gobierno planetario de Phaedra. Creo que es probable que sus navíos vengan de Phaedra. Su rejilla de aterrizaje-navío, en particular, no sería necesaria para los ciudadanos de la localidad. ¿Qué tal va la guerra?

Los ojos del hombre ardieron.

-¿Se ríe de mí? - preguntó.

- He estado tres meses en superimpulsión - le recordó Calhoun -. No he oído nada que me haga reír en todo ese tiempo. No.

- El... nuestro enemigo - dijo con amargura Walker -, considera que ha ganado la guerra. Pero usted quizá sea capaz de hacerles comprender que no es cierto y que no pueden ganarla. Hemos sido estúpidamente pacientes, pero no podemos continuar siéndolo más tiempo. Tenemos el propósito de seguir hasta la victoria aun cuando nos cueste el cuello llegar hasta la celebración del triunfo !Cosa que no es nada probable!

Calhoun alzó las cejas. Pero asintió. Sus estudios decían que una psicología de guerra era altamente emotiva.

- Nuestro planeta patrio Phaedra tiene que ser evacuado - dijo Walker, muy ceñudo -. Hay signos de inestabilidad en nuestro sol. Hace cinco años, enviamos a Canis III a nuestros hijos mayores para construir un mundo en el que trasladarnos todos. Nuestro sol puede estallar en cualquier momento. Seguro que arderá en cualquier instante... y pronto! Enviamos a nuestros hijos porque en la patria estaba el peligro. Les apremiamos para que trabajaran febrilmente. También enviamos a mujeres jóvenes al principio, para que si nuestro planeta se

fundía cuando estallara el sol, aún hubiesen hijos de nuestros hijos que siguieran viviendo. Cuando nos atrevimos... cuando los primeramente enviados se vieron capaces de cobijarlos... mandamos a nuestros muchachos más jóvenes y a las niñas a la seguridad, sobrecargando la colonia con bocas que alimentar, pero quedándonos nosotros en donde estaba el peligro. Más tarde mandamos hasta las criaturas pequeñas, cuando los signos del inminente cataclismo se hicieron más amenazadores.

* * *

Calhoun volvió a asentir. En un año en la galaxia no se producían muchas novas, aun contando los millones de billones de estrellas que contenía. Pero por lo menos había habido una colonia que tuvo que ser trasladada a causa de la evidencia de inestabilidad solar. El trabajo en ese caso no fue completo cuando se produjo el estallido. La evacuación de un mundo, sin embargo, jamás sería una tarea fácil. La población tenía que ser trasladada a años luz de distancia. El viaje espacial necesita tiempo, incluso marchando a treinta veces la velocidad de la luz. Cuando llegó el momento del desastre, el plazo final para el traslado, cuyo día era imposible de calcular con anticipación exactamente, por lo que resultaba lógico el curso de acontecimientos adoptados por Phaedra. Los jóvenes y las mujeres tenían que ser enviados primero. Así construirían nuevas casas para si mismos y para los que les siguieran. Podrían trabajar con más dureza y más tiempo en ese propósito que cualquier otro grupo ya de edad... ¡Y se asegurarían mejor de la supervivencia permanente de alguien! La nueva colonia tendría que dedicarse a un trabajo frenético y sin descanso, febril empleo de las veinticuatro horas del día, porque la escala de tiempo para la labor era necesariamente desconocida, aunque resultase improbable que diera margen suficiente. Cuando pudieran soportar una carga mayor, los niños y las niñas serían enviados... lo bastante mayores para ayudar, aunque no para iniciar una colonización. Serían enviados a una colonia en parte construida con miras a la seguridad. Más tarde las criaturas pequeñas harían el viaje, necesitando los cuidados de sus paisanos mayores ya. Sólo al final abandonarían los adultos su mundo en busca del nuevo. Se quedarían allí, en donde el peligro, hasta que todos los jóvenes gozaran de seguridad.

- Pero ahora - dijo Walker con voz gruesa -, nuestros hijos han construido su mundo y se niegan a recibir a sus padres y abuelos. Tienen un mundo de gente joven, sin más autoridad que la suya. Dicen que les mentimos acerca de la próxima destrucción del sol de Phaedra: que les esclavizamos y les obligamos a utilizar su juventud para construir un nuevo mundo que ahora exigimos ocupar. ¡Desean que el sol de Phaedra estalle y mate al resto de nosotros, para poder vivir a su gusto sin preocupaciones hacia los que le dieron el ser!

Calhoun no dijo nada. Es parte del adiestramiento médico reconocer que la información obtenida de otros nunca es del todo segura. Admitiendo los hechos, seguiría obteniendo de Walker sólo una interpretación de tales hechos. Hay un instinto en los jóvenes de convertirse en independientes de los adultos, y un instinto en los adultos de ser protectores para sus descendientes más allá de toda razón. Hay, en cierto modo, siempre una guerra entre las generaciones en todos los planetas, no sólo en Phaedra y Canis III. Es un conflicto entre los instintos que por sí mismos son necesarios... y quizás el conflicto en sí es necesario para algún propósito en bien de la raza.

- Se cansaron del esfuerzo requerido para construir la colonia - dijo Walker, sus ojos ardiendo como antes -. ¡Así que decidieron que era necesario la duda! Enviaron a cierto número de ellos de regreso a Phaedra para verificar nuestras observaciones sobre el comportamiento del sol. ¡Nuestras observaciones! ¡Sucedió que llegaron en un momento en que las perturbaciones del sol estaban temporalmente acalladas! ¡Así que nuestros hijos decidieron que nos hablamos mostrado exagerados; de que no corríamos peligro; de que

exigíamos demasiado! Se negaron a construir más refugios y limpiar y sembrar más tierra. Incluso se negaron a hacer aterrizar más navíos de Phaedra, y mucho menos los que les enviábamos con más bocas que alimentar. ¡Se mostraron partidarios del descanso, de la comodidad! ¡Se declararon independientes de nosotros! ¡Renegaron de su raza! Más malignos que los dientes de una serpiente...

- Los hijos son ingratos - dijo Calhoun -. Eso he oído decir. Por eso ustedes declararon la guerra.

- ¡Si! - estalló furioso Walker -. ¡Somos hombres! ¿No tenemos que proteger a nuestras esposas? ¡Lucharemos incluso contra nuestros hijos por la seguridad de sus madres! ¡Y tenemos nietos... en Canis III! Lo que ha pasado... y está ocurriendo allí... lo que están haciendo... - pareció que sus palabras se ahogaban por la furia **-.** Para nosotros, nuestros hijos se han perdido. Han renegado de sus padres. ¡Son capaces de destruirnos a nosotros y a nuestras esposas y de destruirse a sí mismos y también de destruir a nuestros nietos! ¡Lucharemos!

* * *

Murgatroyd trepó en el regazo de Calhoun y se acurrucó contra él.

Los «tormales» son animalitos pacíficos.

La furia y la amargura en el tono de Walker trastornaron a Murgatroyd. Buscó refugio de aquella cólera y la proximidad de Calhoun.

- Así que hay guerra entre ustedes y sus hijos y nietos - observó Calhoun - Como hombre del Navío Médico... ¿qué ha pasado hasta la fecha? ¿Cómo ha ido la lucha? ¿Cuál es el estado de cosas actual?

- No hemos logrado nada - jadeó Walker -. ¡Hemos sido demasiado blandos! ¡No queremos matarles... ni siquiera después de lo que nos han hecho! ¡Pero ellos si desean estar exterminándonos! Hace sólo una semana enviamos un crucero para una misión de propaganda. Creemos que debía quedar algún pensamiento decente en nuestros hijos! Claro que ningún navío puede utilizar sus motores cerca de un planeta. Lanzamos al crucero en un rumbo que formase una semiórbita parabólica, su momento de proximidad cerca de la atmósfera de Canópolis, en donde permitiría en frecuencias «standard» de comunicación y saldría al espacio libre otra vez. Pero utilizaron la rejilla de aterrizaje para sembrar su camino con rocas y peñascos. Chocó contra ellos. ¡Su casco quedó agujereado en cincuenta lugares! ¡Todos los tripulantes murieron!

Calhoun no cambió de expresión.

Esta entrevista tenía por misión conocer los hechos de una situación a la que el Servicio Médico había sido solicitado para actuar.

Era una ocasión apta para horrorizarse.

Dijo:

-¿Qué es lo que esperaban del Servicio Médico cuando pidieron su ayuda?

- Creímos - respondió Walker, con más amargura que antes -, que tendríamos prisioneros. Preparamos navíos hospital para cuidar a nuestros hijos heridos en el combate. Deseamos toda la ayuda posible en esa misión. No les importaba lo que nos hubieran hecho nuestros hijos...

-¿Y sin embargo no tienen prisioneros? - preguntó Calhoun.

Todavía no captaba el asunto. Quedaba demasiado lejos de lo corriente para un rápido criterio.

Cualquier guerra, en los tiempos modernos, habría parecido bastante extraña.

Pero una conflagración total entre padres e hijos a escala planetaria, era demasiado para captarlo rápidamente en todas sus implicaciones.

- Tenemos un prisionero - respondió Walker desdeñoso -. Le capturamos porque esperábamos hacer algo con él. Fracasamos. Usted lo devolverá. ¡No le queremos! ¡Antes de que parta, se le contarán nuestros planes para el combate; para la destrucción, si es preciso, de nuestros propios hijos! ¡Pero resulta mejor para nosotros destruirles que dejarles que nos destruyan a nuestros nietos, como están haciendo!

La acusación acerca de los nietos no parecía concebiblemente cierta. Sin embargo, Calhoun no la objetó.

Dijo reflexivo:

- Tratan este asunto de una manera rara, a veces como si fuese una guerra y otras como una muestra de disciplina paternal. Enviando noticias de sus planes al supuesto enemigo, por ejemplo...

Walker se puso en pie. Su mejilla se contraía.

-¡En cualquier momento el sol de Phaedra puede estallar! Es posible que suceda inesperadamente. Y nuestras esposas... las madres de nuestros hijos... están en Phaedra. Si nuestros hijos las han asesinado negándoles refugio, entonces solo nos quedará el derecho de...

Se oyó un batir en la escotilla.

- Terminé - jadeó Walker. Fue hacia la escotilla y abrió la puerta -. Este médico vendrá y verá lo que tenemos preparado - dijo a los del exterior -. Luego se llevará a nuestro prisionero hasta Canis. Informará de lo que sabe. Quizás de eso salga algo bueno.

Se apartó de la escotilla, lanzando una orden a Calhoun para que le siguiera.

Calhoun gruñó para sí.

Abrió un armario y se colocó unos gruesos vestidos invernales.

Murgatroyd dijo alarmado:

-«¡Chee!» - cuando comprendió que Calhoun iba a dejarle.

Calhoun chasqueó los dedos y Murgatroyd saltó a sus brazos. Calhoun lo metió bajo su abrigo y siguió a Walker hasta la nieve.

Esto, indudablemente, era el planeta siguiente al colonizado Canis III. Sería Canis IV y con un pequeñísimo exceso de dioxido de carbono en su atmósfera que le mantendría más cálido, gracias al efecto de invernadero, de lo que implicaría de otro modo su distancia del sol local.

La nieve era sólo fruto del invierno. No estaba demasiado fría para las operaciones militares de una base contra un planeta vecino en dirección al sol.

Walker caminó delante hacia las filas de cascos de espacionaves que rodeaban la singular y tentaculosa rejilla.

Se le ocurrió a Calhoun que la astrogación en tal nave sería muy parecida a manipular un descomunal cesto papelero de mimbre o alambres.

Se precisaría un monstruoso campo de superimpulsión y mantener su metal por encima del punto quebradizo en cualquier viaje espacial realmente largo, sería cosa muy difícil.

Pero aquí estaba. Indudablemente había despegado de Phaedra. Había aterrizado aquí mismo por si sola y sería capaz de aterrizar también en Canis y luego descender tras de sí a la flota guerrera que ahora se apiñaba en torno a su base. Calhoun trató de encontrar consuelo en la dificultad de viajar por distancias realmente largas, del orden de los diez o veinte años luz, con tal ingenio. Posiblemente, sólo posiblemente, la guerra quedaría todavía limitada a mundos relativamente cercanos.

- Pensamos - murmuró Walker -, que podríamos excavar refugios aquí, para poder traer al resto de la población de Phaedra y esperar el fin de la guerra... de modo que estuviesen a salvo si estallaba el sol de nuestro planeta. Pero no podríamos darles de comer a todos. ¡Así que tenemos que labrarnos con explosivos una recepción en el mundo creado por nuestros hijos!

Llegaron hasta una nave mayor que las otras, excepto la nave rejilla. Casi la mitad de su casco habla sido abierto y una tienda gigantesca se apoyaba en él.

Era un descomunal taller. El navío espacial interior era evidentemente el crucero del que hablara Walker.

Calhoun pudo ver los muchos desgarrados agujeros que poseía el casco. Hombres de mediana edad o más viejos, trabajaban en una especie de atmósfera artificial. Pero Walker señaló a otro objeto, casi la mitad del tamaño del Navío Médico. Los hombres también trabajaban en aquél. Era un proyectil dirigido, sin tripulación humana, con una capacidad de combustible relativamente enorme para los motores cohete.

- Fíjese en eso - ordenó Walker -. Es un proyectil cohete, un robot de combate que lanzaremos desde el espacio con combustible suficiente para que maniobre. Luchará y esquivará abriéndose paso hasta el centro de la rejilla de Canápolis. .. que nuestros hijos se negaron a utilizar para que aterrizaran sus padres. Dentro de tres días utilizaremos esto para destrozar esa rejilla y cuanto de la ciudad de Canápolis sea posible, con la explosión de una bomba megatónica. Luego nuestro navío rejilla tomará tierra y la flota le seguirá, y seremos Canis, utilizando rifles detonadores y llamas y bombas, para luchar por nuestro derecho a la supervivencia en el mundo de nuestros hijos.

»Cuando hayan aterrizado nuestros combatientes, los navíos empezarán a traer a nuestras esposas desde Phaedra... Si siguen todavía vivas... mientras los que combatamos les estaremos buscando lugar seguro. ¡Lucharemos contra nuestros hijos como si fuesen bestias salvajes... por el modo con que nos han tratado! Comenzaremos este combate dentro de tres días, cuando ese proyectil esté listo y probado. ¡Si nos matan... mucho mejor! ¡Pero les obligaremos a que nos maten con sus manos, con sus armas, con las que indudablemente ya se han fabricado! ¡Pero no nos matarán sin luchar! ¡Y si tenemos que darles muerte para salvar a nuestros nietos... lo haremos dentro de tres días! ¡Lléveles ese mensaje!

Calhoun dijo:

- Me temo que no me creerán.

-¡Comprenderán que deben hacerlo! - gruñó Walker. Luego, con brusquedad, añadió -: ¿Qué reparación necesitará su navío? ¡Lo traeremos aquí, arreglaremos y luego se llevará usted a nuestro prisionero y le transportará con nuestro mensaje hasta los de su propia clase... nuestros hijos!

La alegría y la furia en su frustración, en su tono, cuando dijo «hijo», hizo que Murgatroyd se agitara debajo del abrigo de Calhoun.

- Creo que cuanto necesito es energía - dijo Colhoun -. Dejaron seca mi carga de superimpulsión cuando arrancaron a mi navío de la misma.

Tengo células Duhanne, pero una carga de superimpulsión es una pérdida de energía considerable.

- Se la devolveremos - gruñó Walker -. Luego tomará al prisionero y nuestro aviso y lo llevará todo a Canis. Hágales rendir, si puede.

Calhoun meditó.

Bajo su abrigo, Murgatroyd dijo:

-«¡Chee! ¡Chee!» - en un tono de cierta indignación.

- Pensando cómo lo haría mi propio padre - dijo Calhoun con malicia -, y aceptando su propia historia como cierta... ¿Cómo diablos lograré que sus hijos crean que esta vez no están fanfarroneando? ¿No han fanfarroneado antes?

- Hemos amenazado - contestó Walker, los ojos echando llamas -. Sí. Y fuimos demasiado blandos de corazón para llevar a cabo nuestras amenazas. Hemos tratado todo excepto la fuerza. ¡Pero ha llegado el momento en que debemos ser implacables! ¡Tenemos que pensar en nuestras esposas!

- A quienes sospecho que no se han atrevido a traer consigo porque no les permitirían pelear, No importa cuanto sus hijos e hijas hicieran - observó Calhoun.

-¡Pero no están aquí ahora! - rugió Walker -. ¡Y nada nos detendrá!

Calhoun asintió.

En vista de la situación en su conjunto, casi creía en lo dicho por los padres de los colonos de Canis III. Pero no habría hecho caso a su propio padre, sin embargo, y no pensó que los jóvenes de Canis obraran de manera contraria. Sin embargo, no les quedaba otro remedio que actuar de esa manera.

Parecía como si hubiese viajado tres meses en superimpulsión y estudiaba penosamente muchos informes descorazonadores sobre los antecesores de los hombres modernos, sólo para llegar y ser testigo del más implacable conflicto en la historia de los humanos.

III

«El hecho de que una afirmación esté de acuerdo con otra no significa que ambas deban de ser ciertas. Muy frecuentemente un acuerdo puede demostrar que ambas afirmaciones pueden ser falsas. Las afirmaciones convergentes y confluyentes deben tender a demostrar la verdad de cada cual, si el conflicto se encuentra en sus interpretaciones de los hechos que narran...»

Manual del Servicio Médico interestelar. Pág. 43.

* * *

Una hora más tarde trajeron al prisionero. Hombres hoscos y recios habían tendido una línea hasta el banco receptáculo de energía del Navío Médico y se notaba aquel diminuto y zumbante sonido que nadie entiende por completo mientras la energía manaba dentro de las células Duhanne. Los hombres de las centrales energéticas estudiaron el interior de la nave sin curiosidad, como si estuviesen demasiado absortos en sus amarguras particulares para interesarse por cualquier otra cosa. Después que se fueron, unos guardias trajeron al prisionero. Calhoun se fijó en la expresión de los rostros de aquellos hombres. Odiaban a su cautivo. Pero las caras mostraban la profunda y mordiente amargura que un hombre experimenta cuando sus hijos le abandonan en bien de compañías que yo consideré indignas o peor. El hombre odia a esas malas compañías corrosivas y aquellos individuos odiaban a su prisionero. Pero no podían evitar saber, que él también habían abandonado al buen padre cuyos sentimientos eran iguales a los suyos propios. Por eso había frustración incluso en su furia.

El prisionero ascendía ligero por la escalerilla entrando en el Navío Médico. Era un hombre jovencísimo, con una tez singularmente rubia y un porte a la vez retador, ágil y provocativo. Calhoun calculó su edad como siete años menos que la suya propia, e inmediatamente le consideró irritantemente inexperto y poco maduro, a causa de esa diferencia de edad.

- Es usted mi carcelero, ¿eh? - dijo el prisionero con brillantez, mientras entraba en la cabina -. ¿O se trata de algún truquito nuevo? Dicen que me devuelven a los míos. ¡Lo dudo!

- Es cierto - afirmó Calhoun -. ¿Quieres hacer el favor de cerrar la escotilla? Cuando lo hayas hecho despegaremos.

El joven le miró amistoso. Sonrió.

- No - dijo feliz -. No quiero.

Calhoun sintió una rabia innoble. No había habido gran intención en su petición. No podía ver tampoco ninguna en la negativa. Así que cogió al prisionero por el cuello y lo metió dentro de la escotilla.

- Pronto nos van a elevar - dijo con suavidad -. Si la puerta externa no está cerrada herméticamente, el aire escapará de la escotilla. Cuando lo haga, morirás. Yo no puedo salvarte, porque si esa puerta externa no está cerrada, todo el aire del navío escaparía si tratara de ayudarte. Por tanto, te aconsejo que la cierres bien.

El cerró la puerta interna. Parecía asqueado. Murgatroyd le miró alarmado.

- ¡Si tengo que tratar con los de esa clase - dijo Calhoun al «tormal» -, necesito alguna prueba de que haré lo que les diga, si no la consigo, me catalogarán igual que a sus padres!

El Navío Médico se agitó. Calhoun miró de reojo al dial del campo externo. La rejilla de aterrizaje móvil estaba cerrando su campo de fuerza. El pequeño navío se levantó. Subió y subió Calhoun pareció aún más enfermo. El aire en la escotilla se enrarecía rápidamente. Tres kilómetros de altura. Cinco...

Se oyeron frenéticos cohetes metálicos. El indicador decía que la puerta externa estaba cerrada herméticamente. Calhoun abrió la interna. El joven entró tambaleándose, sorprendentemente pálido y jadeando en busca de aliento.

- Gracias - dijo Calhoun con sequedad.

Se sujetó en la silla de control. Las pantallas viseras mostraban la mitad del universo en la pura oscuridad y el resto en una llama de multicolores chispas de luz. Mostraban nuevas estrellas apareciendo al borde de la monstruosa negrura. El Navío Médico ascendía todavía más rápidamente. Al poco la zona negra no fue sólo la mitad de universo. Sino una tercera parte. Luego una quinta. Una décima. Era un disco de pura oscuridad en una mediada de distantes soles.

El indicador de campo externo cayó bruscamente hasta cero. El Navío Médico flotaba en el espacio claro y libre. Calhoun probó el motor Lawlor, a tientas. Funcionaba. El Navío Médico emprendió un vasto rumbo curvo saliendo de la sombra del planeta oscuro. Allí estaba el sol Canis, llameando en el espacio. Calhoun efectuó algunas observaciones, ajustó un nuevo rumbo y el navío lo emprendió veloz con una aceleración no notada. Esto era, claro, el sistema de propulsión Lawlor, utilizado para distancias que comprendían sólo millones de kilómetros.

* * *

Cuando el navío estuvo por completo en control automático, Calhoun giró en redondo para mirar a su involuntario compañero. Murgatroyd contemplaba al joven desconocido con intensa curiosidad. Este clavó sus ojos en Calhoun con cierta aprensión.

- Me llamo Calhoun - le dijo -. Soy del Servicio Médico. Este es Murgatroyd. Es un «tormal». ¿Quién eres y cómo te capturaron?

El prisionero adoptó al instante una pose de altivez.

- Me llamo Fredericks - dijo con suavidad -. ¿Qué ocurrirá ahora?

- Me dirijo a Canis III - contestó Calhoun -. En parte para dejarte en tierra. En parte para tratar de hacer algo sobre esta guerra. ¿Cómo te capturaron?

- Efectuaron un ataque - dijo el joven Fredericks con desdén -. Aterrizaron en un cohete en campo abierto. Pensamos que sería otra bomba de propaganda, como la que nos enviaron antes... diciéndonos que éramos bribones y cosas por el estilo. Fui a ver si había algo que me sirviera de diversión. Pero resultó que el aparato era mayor que lo corriente. No lo sé, pero habían aterrizado también hombres. Saltaron sobre mi. Eran dos. Me metieron en el cohete y despegaron. Luego nos recogieron y me trajeron aquí, donde usted aterrizó. ¡Trataron de hacerme un lavado cerebral! - rió con desprecio - Me mostraron material científico que

probaba que el sol de Phaedra iba a estallar y a cocinar el viejo planeta patrio. Me sermonearon diciendo que todos éramos estúpidos en Canís, hijos ingratos, etc.

Fredericks sonrió con superioridad.

- Sigue usted en la brecha, ¿eh? ¡Desconozco la ciencia, pero sé que han estado mintiéndonos! ¡Mire! Enviaron la primera pandilla a Canís hace cinco años. No enviaron con ellos equipo, nada más que el imprescindible. Llenaron las naves de gente. Tenían los tripulantes veinte años de edad. ¡Tuvieron que sudar! ¡Tuvieron que sudar para sacar minerales, construirse equipo y tratar de edificar cobijos y sembrar comida! ¡Todo el tiempo estuvieron llegando más... enviados desde Phaedra con raciones de hambre, para dejar más espacio en las naves y ocuparlo con más enviados!. ¡Recuerde, todos eran jóvenes! Tuvieron que sudar para no morirse de hambre, y siempre con gente nueva llegando. Todos, nada más arribar, tenían que ponerse al trabajo. Eso no lo sabía, ¿verdad?

- Sí - contestó Calhoun.

-¡Trabajaron con ahínco! - continuó desdeñoso Fredericks -. ¡Tanto las niñas como los muchachos! Cuando casi se habían puesto al corriente y se imaginaban que quizás al cabo de otro mes podrían respirar poco tranquilos, entonces los viejos de Phaedra empezaron a enviar criaturas más jóvenes. ¡Yo entre ellas! Contaba entonces quince años y caímos sobre Canis como una inundación. No había vivienda, ni comida, ni ropas de repuesto, pero los que ya estaban allí tuvieron que alimentarnos. Y nosotros debimos ayudarles trabajando. ¡Y trabajé! Construí casas, pavimenté calles, doblé cañerías para los servicios higiénicos y de alcantarillado... cañería que los muchachos mayores fabricaban... sembré el suelo y talé árboles. ¡Nada de descanso! ¡Nada de diversión! ¡Nos apilaban sobre Canis tan de prisa que no quedaba más remedio que trabajar o morir! ¡Y echamos raíces! Entonces, comenzamos a pensar que quizás podríamos tomarnos un respiro, cuando comenzaron a descargar sobre nosotros criaturitas pequeñas! ¡Niños de diez años y de nueve, a los que había que alimentar y vigilar! ¡Niños de siete años a los que había que limpiar los mocos! Nada de diversión, nada de descanso...

Escupió colérico y despreciativo.

-¿Le contaron eso? - preguntó.

- Si - asintió Calhoun -. Me contaron eso y mucho más.

- Todo el tiempo - estalló malhumorado Fredericks -, nos gritaban de que el sol de la patria estaba creciendo. Que oscilaba. ¡Que en cualquier momento estallaría! ¡Nos mantuvieron asustados al afirmar que en cualquier segundo las naves dejarían de venir porque ya no existirían, como tampoco existiría Phaedra! Y éramos buenos niños y niñas y trabajamos infernalmente. Tratamos de construir lo que necesitaban los niños que nos mandaban, y siguieron enviando criaturas más y más pequeñas. Llegamos hasta el punto de ruptura. ¡No podíamos mantener el ritmo! ¡Noche, día, cada día, sin diversión, sin descanso, sin nada excepto trabajar hasta que uno caía agotado y luego se levantaba apenas recuperadas fuerzas para caer cuando éstas tornaran a acabarse!

Se detuvo.

Calhoun dijo:

- Así que dejasteis de creer que podía haber urgencia en la misión. Enviasteis a unos cuantos mensajeros a la patria para revisar y comprender. Y para ellos el sol de Phaedra parecía perfectamente normal. No de visible peligro. La gente mayor os mostró los archivos científicos y vuestros mensajeros no les creyeron. Decidieron que les habían engañado. Estaban cansados. Todos vosotros estabais cansados. La gente joven necesita diversión. Vosotros no la tenéis. Así que cuando vuestros mensajeros volvieron y dijeron que la emergencia era mentira... les creísteis. Pensasteis que la gente mayor estaba descargando simplemente en vosotros sus cargas, mediante mentiras.

- ¡Lo sabíamos! - jadeó Fredericks -. ¡Así que renunciamos! ¡Habíamos hecho nuestra parte! ¡Íbamos a tomarnos tiempo libre y vivir un poco! ¡Llevábamos mucho retraso en diversiones! Llevábamos mucho retraso en descanso! ¡Llevábamos mucho retraso simplemente en el mero hecho de disfrutar de la brisa! ¡Estábamos retrasados en todo. Habíamos sido esclavos, siguiendo normas fijadas, realizando planos, excavando agujeros y volviéndolos a rellenar - se detuvo -. Cuando dijeron que la gente mayor iba a trasladarse con nosotros, eso fue el colmo. ¡Somos humanos! ¡Tenemos derecho a vivir como humanos! Cuando se trató de construir más casas y plantar más tierra para que muchas más personas... y personas viejas más que nada... pudiesen mudarse y hacerse cargo de los mandos sobre nosotros, no aguantamos más. ¡Decidimos que nuestro trabajo debía ser para nosotros mismos! ¡Si venían los viejos, nunca lo obtendríamos!. ¡No les importó que trabajásemos hasta morir! ¡Que se fueran al infierno!

- La reacción fue normal - dijo Calhoun -. Pero si su anunciación era equívoca, podía seguir siendo equívoca.

-¿Qué es lo que podría ser equívoco? - preguntó furioso Fredericks.

- La anunciación de lo que mentían - dijo Calhoun -. Quizás el sol de Phaedra está a punto de destruirse. Quizás vuestros mensajeros se equivocaron. Quizás se os dijo la verdad.

Fredericks escupió. Calhoun dijo:

-¿Quieres limpiar eso, por favor?

Fredericks le miró boquiabierto.

- Lávalo - continuó Calhoun. Y hizo un gesto reforzando sus palabras.

Fredericks rezongó. Calhoun aguardaba.

Murgatroyd dijo agitado:

-« ¡Chee!»

Calhoun no se movió. Al cabo de largo rato, Fredericks tomó la bayeta y la pasó con desgana sobre el lugar en el que había escupido.

- Gracias - dijo Calhoun.

Se volvió al tablero de control. Comprobó el rumbo y consultó el informe de la inspección y Exploración sobre el sistema solar de Canis hecho medio siglo antes. Frunció el ceño. Al poco dijo por encima del hombro:

-¿Qué tal ha resultado el descanso? ¿Se sienten ya todos mejor?

- Tanto mejor - dijo Fredericks ominosamente -, por eso piensan mantener las cosas tal como están. ¡Los viejos nos enviaron un navío para aterrizar y nosotros cargamos la rejilla de aterrizaje de rocas y sembramos dicho navío con ellas! Vamos a levantar pequeñas rejillas por todas partes, para poder lanzar bombas... haremos buenas bombas... y si tratan de aterrizar en cualquier parte cerca de Canópolis, les bombardearemos. Y si lograsen el aterrizaje, haremos que se arrepientan. Hasta ahora sólo se han atrevido a dejar caer propaganda impresa llamándonos todo lo peor de nuestro vocabulario.

Calhoun tenía el planeta interior, Canis III, firmemente en el centro de su pantalla directora. Dijo al desgaire:

-¿Qué hay de las criaturitas? Dices que la mayor parte de vosotros habéis dejado de trabajar...

- No dan mucho trabajo - fanfarroneó Frederidks -. Lo hacemos automáticamente, gracias a nuestras ideas, para así poderlas cuidar y no perder manos en faenas poco productivas. Trajimos de la patria inventos. ¡El cuidado de los críos lo hacemos muy bien y sin muchas molestias!

Calhoun reflexionó. Si era posible una sociedad en la que no existiese la propiedad privada, tendría que ser esta sociedad compuesta exclusivamente por jóvenes. Ellos no querían el dinero como tal. Deseaban lo que se adquiere con él... ahora. No habrían capitalistas en un mundo poblado sólo por la joven generación de Phaedra. Seria una clase

interesante de sociedad, pero, sin embargo, para el futuro estaría marcada con ciertos caracteres de carencia.

* * *

- Pero - dijo Calhoun -, ¿qué hay de los niños pequeños? Me refiero a los que necesitan que se les cuide. ¿No los cuidaréis de manera automática?

-¡Casi, casi! - fanfarroneó Fredericks -. A unas cuantas chicas les gusta atender a los niños. En su mayoría son muchachas hogareñas. Pero hay demasiados pequeños. Así que conectamos para ellos un circuito psíquico con múltiples salidas. Algunas de las chicas juegan con un par de críos y eso deja satisfechos a los demás. Alguien estudió la ciencia prepsíquica en Phaedra y le enviaron con el resto para excavar agujeros y construir casas. Arreglamos ese dispositivo, para que la chica que lo prefiriese, se ocupara de cuidar a un par de críos. Hay muy buenos técnicos en Canis III. ¡Logramos salir adelante!

Evidentemente habían técnicos muy buenos. Pero Calhoun comenzó a sentirse asqueado. Un circuito psíquico, claro, no es en sí un aparato dañino. Formaba parte del equipo psiquiátrico individual, no del trabajo del Servicio Médico, y su valor estaba demostrado más allá de toda duda. En el uso clínico permitía al psiquiatra compartir la consciencia de su paciente durante entrevistas. Ya no tenía penosamente que interpretar los procesos mentales de su paciente según lo que le confesaba. Podía observar los procesos mentales en sí mismos. Podría rastrear las barreras, las llagas mentales, las ansias horribles e inhumanas que podían convertirse en obsesiones.

Sí. Un circuito psíquico era un aparato admirable en sí. Pero no era nada bueno utilizándolo para cuidar a los niños.

Habría una gran habitación en la que centenares de criaturas pequeñas estarían sentadas en éxtasis llevando en sus cabezas los circuitos receptores psíquicos. Permanecerían quietecitos, sentados en silencio, muy quietecitos... riendo para sí, o murmurando. Lo estarían pasando maravillosamente. Cerca habría otro cuarto más pequeño en el que uno o dos niños jugarían. Habrían chicas mayores para ayudar a jugar a esos pocos críos. Con lo que ellos consideraban a cada segundo la atención de los adultos y con un profundo afecto por sus maestras parvularias, los niños que en realidad jugaban tendrían la mismísima perfección del placer infantil. Y su experiencia sería compartida por los compañeros que simultáneamente la conocerían y experimentaba completamente según sus propias sensaciones, por los centenares de otros críos sintonizados en el circuito psíquico. Cada cual experimentaría la emoción y sensación de aquellos que sinceramente y en verdad jugaban, se emocionaban y sufrían agradablemente.

Pero los niños tan felizmente contentos no harían ejercicios, no se sentirían estimulados para actuar ni para pensar, o para reaccionar por si mismos. El efecto del cuidado de niños por circuito psíquico, sería el de las drogas que mantenían a las criaturas sin que necesitasen atención. Los niños meramente receptores perderían toda iniciativa, todo propósito, toda energía. Se habituarían a esperar a que alguien jugase por ellos. Y la proporción de muertes entre sus personas sería alta y en cambio bajaría el porcentaje saludable.

Y tuvo otro pensamiento todavía más feo. En una sociedad tal como la que debía existir en Canis III, habrían adolescentes y post adolescentes, capaces de asegurarse para sí increíbles y fascinantes placeres... una vez que comprendieran lo que podía lograrse con un circuito psíquico.

Calhoun dijo con llaneza:

- Dentro de media hora podrás comunicarte con Canópolis mediante espaciofono. Me gustaría que les llamaras. ¿Habrá alguien de servicio en la rejilla?

Fredericks contestó con negligencia:

- Siempre hay alguien por allí. Constituye un buen club. ¡Pero todos aguardan a que la gente mayor intente algo! ¡Si eso ocurriese... la rejilla se ocuparía de contrarrestar el ataque!

Aterrizaremos con o sin ayuda - afirmó Calhoun -. Pero si no les llamas antes y les convences de que alguien de los de su gente regresa de la guerra, quizás dispongan de nosotros utilizando la rejilla de aterrizaje.

Fredericks mantuvo su aire de altivez.

-¿Qué quiere que le diga de usted?

- Este es un Navío Médico - precisó Calhoun -. Según el acuerdo de la Organización del Tratado Interestelar la población de cada planeta puede elegir su gobierno. Todo planeta es necesariamente independiente. A mí no me importa quién gobierna, o con quién se comercia. Yo nada tengo que ver con otra cosa que no sea la salud pública. Pero habrán oído hablar de los Navíos Médicos. Tú lo oíste, ¿verdad?

- Sí... sí - asintió Fredericks -. Fuimos al colegio. Antes de que nos enviasen hasta aquí.

- De acuerdo - dijo Calhoun -. Ya podrás imaginarte lo que tienes que decir.

Volvió al tablero de control, contemplando cómo el disco del planeta crecía mientras el Navío Médico se acercaba más. Al poco extendió la mano y cortó el motor. Conectó el espaciofono.

- Adelante - dijo con sequedad -. Habla y convénceles de que aterricemos, o métenos en dificultades, como gustes.

IV

«Dicta la experiencia que cualquier seguridad, en cualquier momento, de que no hay nada equívoco o que todo va bien, debe ser considerada con recelo. Cierto que con frecuencia los doctores encuentran pacientes que ignoran la naturaleza de su mal y sus causas, y que además sus síntomas han aparecido tan lentamente y de manera tan gradual que ni se fijaron en ellos ni todavía han reparado en...»

Manual del Servicio Médico Interestelar. *Pág. 68.*

La de Canis III era una sociedad singular. Tras una larga y señaladamente irrelevante discusión por espaciofono, el Navío Médico descendió hasta el suelo arrastrado por las fuerzas de la rejilla de aterrizaje de Canópolis. Esto se consiguió con una pericia rayana en lo artístico. Quienquiera que manipulara los mandos, lo hizo con tan desapasionada perfección propia del joven capaz de manejar un mecanismo que entiende y adora. Pero no se dedujo de aquello que el operador hubiese estado pendiente con exclusividad a la perfección de tal tarea. Salió y sonrió al Navío Médico cuando éste se posó, ligero como una pluma, en el espacio despejado y herboso del centro de la rejilla de aterrizaje de la ciudad. Era un zagal espigado que contaría diecisiete o dieciocho años

Una pandilla - no una guardia - de edades similares vino a entrevistar a los dos que acababan de tomar tierra con la nave espacial. Fredericks citó dónde había estado trabajando y lo que hiciera y cómo le capturaron. Nadie se molestó en comprobar sus afirmaciones. Pero su edad era casi una garantía de que pertenecía a Canis. Cuando relató sus experiencias como prisionero entre los enemigos, toda posible muestra de recelo se disipó. La pandilla del espaciopuerto interpuso preguntas y vitoreó algunas de sus respuestas y se dieron palmadas unos a otros cuando su compañero les narró algunas de las cosas que dijo e hizo en manos del enemigo, y habló con voz alta y fanfarrona de lo que ellos harían si las personas mayores trataban de llevar a cabo sus amenazas. Pero Calhoun no observó ningún real preparativo más allá de la perfecta condición de trabajo de la propia rejilla. Sin embargo, dicha rejilla debía

defender adecuadamente al planeta... excepto en contra del espaciopuerto móvil que le había capturado a él.

Cuando le miraron en espera que adujera razones despectivas para con la gente mayor, Calhoun dijo fríamente:

Puesto que me lo preguntáis os confesaré que los «viejos» pueden apoderarse del planeta en cuanto se decidan a matar a unos pocos de vosotros para abrirse paso. ¡Una muestra de lo que os digo la encontraréis en el modo que tenéis de efectuar esta misma tarea en particular!

Se encresparon. Y Calhoun se maravilló de ver la organización tribal que se había desarrollado entre ellos. Lo que le había dicho Fredericks en el navío comenzaba a encajar a la perfección dentro de lo que anteriormente hubiera parecido ser pura teoría antropológica. Conocía ese extremo porque todo miembro del Servicio Médico ha de saber algo más que de simples enfermedades. También tenía que conocer a los humanos capaces de albergar tales pensamientos. Singularidades de la teoría de cultura-instinto comenzaron a asomar a su memoria y se aplicaron exactamente a lo que estaba descubriendo. Dice la teoría que las culturas tribales de las que provienen incluso los organismos sociales más civilizados... fueron invenciones no humanas. Los hechos fundamentales de la sociedad humana existen porque el instinto humano los dirige, en paralelo exacto al designio básico de las vidas sociales de las hormigas y abejas. Le parecía a Calhoun que estaba presenciando en directo la operación del instinto puro en las divisiones de funciones dentro de la sociedad que había encontrado.

Aquí, donde deberían haber montado una guardia para estar prevenidos contra cualquier asechanza del enemigo, halló jóvenes guerreros. Emprendieron esa tarea porque así se lo dictaba su instinto. Para los jóvenes era un impulso hereditario, propio de su edad, que les impelía a obrar como jóvenes guerreros en un puesto de peligro. Nada había más importante para ellos que su prestigio ante los camaradas. No deseaban sabiduría, ni seguridad, ni familias, ni posesiones. El instinto del grupo de su edad les dirigía tan específicamente como generaciones sucesivas de insectos sociales igualmente dirigidos. Se movían a pandillas. Fanfarroneaban ostensiblemente. Vagaban de modo conspicuo y correrían riesgos lunáticos sin la menor razón justificativa.

Pero nunca construirían ciudades por sí mismos. Ese impulso era propio de hombres mayores. En particular el grupo-edad-guerrero seria capaz de mostrar una inmensa y admirable pericia en manejar cualquier cosa que les interesase, pero jamás crearían sistemas automáticos destinados a mantener en marcha una ciudad sin casi atenciones personales. Simplemente serían incapaces de tal previsión. Lucharían, discutirían y fanfarronearían. Pero si este mundo excéntrico había sobrevivido hasta ahora, es porque debía poseer una estructura tribal adicional... debía haber algún jefe más dedicado a la previsión que este brillante grupito de jóvenes que guardaban inadecuada mente y operaban a la perfección el mecanismo de un aparato del espaciopuerto que jamás habrían sido capaces de construir.

* * *

Tengo que hablar con alguien de mayor categoría - dijo irritado Calhoun -. Un jefe en realidad... un caudillo. No es asunto mío la guerra que sostenéis con vuestros padres. Estoy aquí por cuenta del Servicio Médico. Se supone que he de revisar la situación de la sanidad pública en compañía de las autoridades locales e intercambiar con ellas información. Por lo que a mí respecta, éste es un trabajo de rutina.

La afirmación no era del todo cierta. En algún sentido, Como el de prevenir muertes innecesarias, sí era rutina y con ese significado Calhoun tenía igual propósito en Canis III como en cualquier otro planeta al que le enviaran. Pero los azares de la sanidad aquí no constituían ninguna rutina Toda sociedad es un organismo. Forma un conjunto. La teoría del

instinto dice que sólo se puede sobrevivir como un total, que debe estar compuesto de tales y cuales partes. Esta sociedad había sufrido un trauma, por la predicha disolución del sol de Phaedra. Muchísimas vidas se perderían innecesariamente a menos que los resultados de esa experiencia traumática pudieran ser cicatrizados o sanados. Pero la obligación de Calhoun no debía presentarse ante aquellos jóvenes bajo tales términos.

-¿Quién manda en Canis III? - preguntó Calhoun.- Un tal Walker dijo que su hijo era quien estaba al frente del gobierno aquí. ¡Se mostró también muy amargado a este respecto! ¿Quién se encarga de la distribución de alimentos y quién asigna a quién la misión de procurar más sustancias nutritivas, y quién procura que se atienda a los niños?

La pandilla del espaciopuerto le miró inexpresiva. Luego, alguien dijo:

Nos turnamos en lo de procurar alimentos para nosotros mismos. Aquellos que aterrizaron primero en el planeta van por ahí gritando a todo el mundo. *A* veces exigen que se hagan cosas. Pero la mayoría se ha casado ya. Viven en un Centro que queda más allá.

Hizo un gesto. Calhoun lo aceptó como una dirección vaga e imprecisa.

-¿Puede llevarme alguien hasta ese centro? Preguntó.

Fredericks dijo con grandilocuente.

- Yo lo haré. De todas maneras iba en esa dirección. ¿Quién tiene un Coche de superficie para dejarme?. Mi novia estará preocupada por mí. Debe estarlo porque ignora que los viejos me hicieron prisionero.

Su petición de un vehículo fue acogida con desprecio. Había allí Coches de superficie, pero los que no necesitaban reparaciones estaban celosamente reservados para ciertos individuos y sus amigos más íntimos. Se produjeron murmullos. Al poco, un joven ceñudo accedió a llevar a Calhoun a la zona en general donde aterrizaron los colonos por primera vez... colonos que ahora se habían hecho serios y autoritarios, luego de erigir sus viviendas. Resultó molesto esperar mientras se discutía una cuestión tan sencilla con tanta dosis de vociferación. Cuando se llegó a zanjar la cuestión, Fredericks se había marchado ya disgustado.

El ceñudo joven sacó su coche de superficie. Calhoun subió. Murgatroyd, claro, no se quedó atrás. El vehículo era magnífico tanto en su aspecto como en sus cualidades. En su ajuste y mantenimiento se había derrochado raudales buen gusto y pericia. Al girar las ruedas salió disparado alcanzando inmediatamente una gran velocidad. Todos los jóvenes conducían con escalofriante descuido y pericia. Atravesó la ciudad en pocos minutos y a una velocidad que apenas permitió a Calhoun captar de la urbe fugaces atisbos. Pero logró ver que parecía casi deshabitada.

Canópolis había sido erigida por los jóvenes de Phaedra según los planos hechos por sus mayores con la misión de recibir inmigrantes procedentes del planeta madre. Se edificó con prisa frenética y se utilizó sólo como depósito receptor. Necesitábase una labor desapasionada y dedicada y mantenida hasta el agotamiento para construir aquella ciudad y el resto de las facilidades coloniales con el fin de terminarlo todo antes del plazo ignorado para la muerte del mundo patrio. Pero ahora sus constructores se habían hastiado de ella. Se la veía prácticamente vacía. Los últimos en llegar se desparramaron por lugares en donde las fuentes de suministro de alimento estuvieran más cerca y fuera posible el modo más satisfactorio de vida. Se veían ventanas rotas y paredes en ruinas. Por todas partes aparecía el desorden y suciedad. Sin embargo, se tomaron grandes molestias en la edificación.

La Ciudad terminaba y una gigantesca pila de estructura dejaron rápidamente atrás. Las carreteras estaban improvisadas. Podrían perfeccionarse muchos después. A través del horizonte se veían poblados diminutos... eventuales por diseño, porque había mucha necesidad, desesperada para muchos en tan escaso espacio de tiempo.

* * *

El coche se detuvo con un chirriar de frenos al borde de uno de aquellos grupitos de casitas. Una mujer corrió a esconderse. Un hombre apareció a la vista. Otro, y otro, avanzaron amenazadores hacia el Coche.

Baje - dijo Ceñudo el conductor. Sonrió débilmente -. No me quieren aquí. Pero les animé un poco, ¿eh?

Calhoun bajó del vehículo. El Coche giró sobre un par de ruedas y regresó raudo hacia la Ciudad, su Conductor volviéndose para hacer un gesto despreciativo a los hombres que habían aparecido. Eran todavía muy jóvenes... más que Calhoun. Le miraron con serenidad.

Gruñó para sí. Luego bramó:

- Busco a alguien llamado Walker. Se supone que es el principal hombre aquí.

Un joven dijo con soma:

Yo soy Walker. Pero no soy el principal. ¿De dónde viene? Con uniforme del Servicio Médico y un «tormal» sobre el hombro, no es uno de nosotros. ¿Ha venido a convencernos de que cedamos ante Phaedra?

Calhoun rezongó.

- Traigo un mensaje de que provendrá un ataque del espacio dentro de tres días, pero ninguna noticia más de Phaedra. Soy un hombre del Servicio Médico. ¿Qué tal es la situación sanitaria? ¿Cómo estáis equipados de médicos, etc.? ¿Qué hay de hospitales? ¿Cuál es la proporción de muertes?

El joven Walker sonrió salvajemente.

- Esto es una nueva colonia. Dudo que hayan cien personas en el planeta desde más allá de veinticinco años. ¿Cuántos médicos debería haber en una población como la nuestra? No creo que haya tampoco un coeficiente de mortalidad. ¿Sabe usted como vinimos aquí?

- Tu padre me lo dijo - contestó Calhoun -, en la base militar del planeta vecino externo. Se están preparando para un ataque... y me pidieron que os previniese. Dentro de tres días.

El joven Walker rechinó los dientes.

- No se atreverán a atacar. Los destrozaríamos si lo hicieran. ¡Nos mintieron! Nos obligaron a trabajar hasta la muerte...

-¿Y no hay coeficiente de mortalidad? - preguntó Calhoun.

El joven frunció el entrecejo.

- Es inútil discutir con nosotros. ¡Este es nuestro mundo! ¡Nosotros lo hicimos y lo conservaremos! ¡Nuestros padres ya nos hicieron hacer un ridículo bastante grande!

-¿Y no tienen problemas sanitarios en absoluto?

El sardónico joven dudó. Uno de los otros dijo fríamente:

- Hazle feliz. Déjale que hable con las mujeres. Están preocupadas por algunos de los críos.

Calhoun lanzó un privado suspiro de alivio. Estos jóvenes relativamente maduros eran los colonos llegados en primer lugar. A su cargo corrió la más dura de todas las tareas, la de mantener las nuevas generaciones, asignada por los adultos de Phaedra. Hicieron la labor más agotadora y por ellos les cayeron las responsabilidades más urgentes. Habían trabajado y esforzado hasta el máximo. Por último habían llegado a una decisión fruto de la desesperación.

Pero en apariencia las cosas podrían ser mejores. Esa es la costumbre, en todas partes, de que las mujeres se aderecen de la manera mejor posible para resultar atractivas a los hombres. Las jovencitas, en particular, adoptarían cualquier tradición que fuese probada con sus futuros maridos, y en una sociedad a formar de modo nuevo, sorprendentes tradiciones nuevas podrían iniciarse. Pero no había ocurrido así. Los instintos profundamente enraizados aún funcionaban. Mujeres, jóvenes mujeres, chicas aún, seguían sintiendo interés por los niños pequeños que ni siquiera eran suyos propios. Y la historia de Fredericks...

- Por todos los medios - asintió Calhoun -, si va algo mal con la salud de los niños...

El joven Walker hizo un gesto y se volvió hacia las casas. Frunció el ceño mientras caminaba. Al poco dijo a la defensiva:

- Probablemente se habrá fijado que no hay mucha gente en la ciudad.

- Sí - contestó Calhoun -. Me fijé.

- Todavía no estamos del todo organizados - dijo Walker, aún más a la defensiva -. No hacíamos nada excepto edificar. Teníamos que organizarnos antes de instalar un sistema económico regular. Algunos de los recién llegados no saben otra cosa excepto construir. Cuando estén preparados para eso, la ciudad será ocupada. Tendremos un sistema tan sonado para la producción y distribución de bienes como en cualquier otra parte Pero acabamos de terminar una revolución. En cierto sentido, aún estamos en ella. Pero dentro de poco este mundo será muy parecido a cualquier otro... solo que mejor.

- Comprendo - dijo Calhoun.

- La mayor parte de la gente vive en pequeñas colonias, como ésta... cerca de las cosechas que cultivamos. La gente se produce su propio alimento, etc. En cierto modo usted puede pensar que somos primitivos, pero tenemos algunos buenos técnicos. Cuando se acostumbren a no tener que trabajar para la gente mayor y terminen haciendo cosas sólo por si mismas... nos desenvolveremos bien. Después de todo, no se les adiestró para hacer un mundo completo. Sólo para preparar un planeta para la gente mayor de Phaedra. ¡Sin embargo lo hemos ocupado nosotros mismos!

- Sí - asintió Calhoun educadamente.

- Produciremos las otras cosas - continuó el joven Walker con aire de truculencia -. Tendremos dinero y crédito, y nos contrataremos uno a otro, etc. Ahora lo que más preocupa a todo el mundo es defendernos.

- Sí volvió a asentir Calhoun.

- Los mayores de nosotros estamos casados - continuó Walker con firmeza -, y sentimos la responsabilidad y mantenemos las cosas bien a raya. También nos engañaron, sin embargo y eso no lo perdonamos. y no dejaremos que la gente mayor trate de gobernarnos cuando hemos demostrado que podemos fabricar y gobernar a un mundo nosotros propiamente.

* * *

Calhoun no dijo nada. Llegaron a una casa.

Walker se volvió para entrar, haciendo un gesto a Calhoun para que le acompañase.

Walker se paró un momento antes de continuar:

Dije que teníamos técnicos. Algunos de ellos construyeron un aparato para ayudar a cuidar a los niños. Es inofensivo. Pero quieren utilizarlo para espiar a la gente mayor Con él. ¡Para espiarnos! Invasión de intimidad. No nos gusta... bueno... tratan de instalar circuitos psíquicos cerca de nuestras casas. Creen... que es divertido... saber lo que la gente dice y hace.

- Los circuitos psíquicos pueden ser útiles - observó Calhoun -, o convertirse en cosa monstruosa. Por otra parte...

- ¡Eso no lo haría ningún hombre decente! - saltó el joven Walker - Y ninguna chica querría tener que ver nada con nadie... ¡Pero siempre hay algunos locos estúpidos!

- Tú lo has descrito - dijo Calhoun con sequedad - , una clase criminal. Sólo que en vez de robar las posesiones de otra gente, quieren robarle sus sensaciones. Cosa de chismorreria, de escuchar en lo que otra gente siente hacia aquellos a quien ama, también como lo que dicen y hacen. En cierto modo se trata de un problema de delincuencia, ¿no?

- No puede haber civilización sin Problemas - dijo Walker - . Pero vamos a... abrió la puerta . Mi esposa trabaja con los críos que la gente mayor nos cargó a la espalda. Sígame por aquí.

Hizo un gesto indicando a Calhoun el interior de la casa. Era uno de los refugios construidos durante el frenético programa de construcción diseñado a proporcionar un refugio de emergencia para la población de todo un planeta. Era la más tosca de las construcciones hechas a máquina. Los suelos estaban sin acabar, las paredes sin enlucir. Se veía el equipo. Pero se advertía que se hicieron intentos por remediar algo de la tosquedad. Se emplearon colores para un aspecto más hogareño.

Cuando salió una chica de la habitación contigua, Calhoun entendió por completo. Era mucho más joven que su marido, pero no en exceso. Miró a Calhoun con aquella ansiedad con la que una ama de casa mira siempre a un visitante inesperado, confiando en que no se fije en los defectos.

La joven esposa tenía todos aquellos instintos femeninos que son mucho más viejos que la tradición. Obligaciones y lealtades pueden ser apartadas a un lado, pero la idea de su papel de una ama de casa es inmutable.

- Se trata de un hombre del Servicio Médico - dijo con laconismo Walker, señalando a Calhoun -. Le dijo que habían problemas sanitarios en alguno de los niños - volviéndose a Calhoun añadió con sequedad -: Esta es Elsa, mi esposa.

Murgatroyd exclamó:

-«¡Chee!» - que estaba colgado al cuello de Calhoun. De pronto se sintió tranquilizado. Descendió al suelo. Elsa le sonrió.

-¡Es dócil! - dijo encantada -. Quizás... Calhoun extendió la mano. Ella la tomó. Murgatroyd, tambaleándose, le alargó su propia zarpa negra. En lugar de conflicto y odio, aquí, Murgatroyd parecía percibir una sociabilidad amable tal como a la que estaba acostumbrado. Se sentía más en su casa. Comenzó inmediatamente a actuar como el ser humano al que le gustaba parecerse.

-¡Es encantador! - exclamó la muchacha -, ¿Puedo enseñárselo a Jack?

El joven Walker contestó:

- Elsa ha estado ayudando a cuidar a los niños pequeños. Dice que hay algo en el asunto que no comprende. Se ha traído aquí a uno de los niños. Sácalo, Elsa.

La chica desapareció. Un momento más tarde entró con un niño pequeño. Probablemente tendría seis o siete años. Ella le llevaba en brazos. Estaba delgado. Los ojos brillantes. Pero se mostraba en sus brazos completamente pasivo. Ella le dejó en una silla y él miró en su torno lo bastante despierto, pero no se movió. Vio a Murgatroyd y su expresión se tomó radiante. Murgatroyd fue hasta el humano que era casi de su propio tamaño. Tambaleándose, le ofreció la zarpa una vez más. El muchacho rió, pero su diestra permaneció en el regazo.

- ¡No hace nada! - dijo Elsa apenada -. Que funcione los músculos, pero no quiere moverlos. Se limita a sentarse y espera a que le hagan las cosas. ¡Actúa como si hubiese perdido la idea del movimiento, o de hacer algo en absoluto! ¡Y... eso empieza a mostrarse entre los demás niños! ¡Simplemente se sientan! ¡Son bastante listos... ven y comprenden... pero se quedan quietecitos y sentados!

Calhoun examinó al muchacho. Su expresión aumentó de impasibilidad cuidadosamente. Pero parpadeó mientras el fonendoscopio tocaba brazos y piernas. Los músculos eran casi como mantequilla.

Cuando se incorporó, a su pesar, tenía la boca descompuesta en una mueca. La esposa del joven Walker preguntó ansiosa:

-¿Sabe usted lo que le pasa?

Básicamente, sí - dijo Calhoun con una especie de desesperada ironía -. Está en plan de rebeldía. Al igual que vosotros estáis en rebeldía contra Phaedra, él se revela contra vosotros. Vosotros necesitáis descanso que no tuvisteis y recreos que no pudisteis tener por aquel trabajo agotador bajo una carga más pesada minuto a minuto durante años. Por eso os rebelasteis y encontrasteis una estupenda justificación para la guerra que habéis

comprometido. Pero él tiene una necesidad de algo que no tuvo también. Así que se revela contra su falta... al igual que vosotros... y se morirá como os pasará a todos vosotros exactamente por la misma causa final.

Walker frunció el Ceño amenazador.

-¡No comprendo lo que usted dice! - exclamó con dureza.

Calhoun se humedeció los labios.

Hablo dejando aparte mi profesionalidad. La verdadera causa de sus dificultades presentes y de las vuestras futuras es que hay que destruir un sistema social, que ha sido ya destruido, quiero decir. Las partes no pueden vivir por sí mismas. Y desconozco qué medidas médicas deben tomarse para cuidar a una civilización herida. Como doctor, puedo ser derrotado. Pero preferiría comprobar... Digamos, a propósito ¿os dije que la flota de guerra de Phaedra va a atacar dentro de tres días?

V

«...La verdad es el concordar de una idea con una cosa. Muy a menudo el individuo falla en descubrir la verdad acerca de alguna materia porque descuida informarse sobre algo. Pero todavía con mayor frecuencia, la verdad no se encuentra nunca porque alguien se niega a sostener una idea...

***Manual del Servicio Medico Interestelar. Págs. 101 y 102**.*

* * *

El primer día Calhoun recorrió ceñudo el trecho de terreno que llevaba hasta las chozas alzadas para los jóvenes colonos que llegaron primero cuando los navíos empezaron a descargar chicos realmente pequeños en la rejilla de Canópolis. Las chozas no se parecían demasiado a los orfanatos, claro, pero los adultos habían puesto a la joven generación de Phaedra en una difícil situación. En el tiempo que se conoció la inminente explosión solar, el asunto pudo manejarse con mejor tacto. Actualmente, la explosión llevaba un retraso - con respecto a las previsiones hechas - de casi cinco años a partir del descubrimiento de que ello podría ocurrir. Si se hubiera predicho tal retraso, los hombres mayores y muchas máquinas se habrían enviado primero. Pero el estallido no se podía calcular. Era cuestión de probabilidades. Tales y cuales variables arrítmicas deberían coincidir tarde o temprano. Cuando lo hicieran... se produciría la catástrofe final. El sol ardería de manera terrible y destruiría toda la vida en su sistema solar. Podría calcularse de que las probabilidades de que esto ocurriera en el término de un año estaban igualadas; de que lo hiciera dentro de un bienio, el momio podía fijarse en dos contra uno, y de cinco a uno a que la catástrofe se produciría dentro del quinquenio. Las probabilidades en contra de que Phaedra sobreviviera más tiempo resultaban enormes. La gente del mundo madre había tenido ya un lapso altamente improbable.

Pero el frío sentido común habían hecho lo más sensato. Trataron de salvar primero a aquellos de sus hijos capaces de cuidarse de sí mismos, y añadieron otros en cuanto se atrevieron. Pero la carga que recayó sobre los jóvenes colonos había sido monstruosa. Incluso los adultos habían mostrado tendencia a la rebeldía sufriendo tan agotadora presión como la de explotar minas, edificar, arar y sembrar, que fue la tarea encomendada a los jóvenes. Apenas tuvieron nunca nada más que lo escasamente indispensable para comer... y siempre habían en camino muchas bocas más. Jamás tuvieron un refugio extra y, cargamentos de chicos más y más jóvenes, llegaban constantemente, cada uno necesitando más cobijo y cuidado que su antecesor. Y todavía estaba allí por prepararse el mundo para que lo ocuparan los adultos.

Calhoun conoció a las chicas que se habían dedicado por sí mismas al cuidado de los niños casi huérfanos. Se mostraban con aires de autoridad bastante conmovedores ante los niños más pequeños. Pero, en ocasiones, eran capaces de llegar hasta la ferocidad. A veces tenían necesidad no de defender a sus pupilos sino a ellas mismas contra los osados avances románticos y torpes de adolescentes pervertidos que las consideraban fascinadoras.

Lo habían hecho muy bien, hasta ahora.

Los niños pequeños eran exactamente igual a lo que anticipara Calhoun... en todos los sentidos. El chavalito que Calhoun vio primero era un caso extremo, pero los resultados de jugar por un medio remoto eran visibles por doquier. Calhoun inspeccionó atentamente uno tras otro a todos los refugios infantiles. Se notó vigilado ansiosamente por los rostros serios juveniles de las muchachas. Pero todas rieron cuando Murgatroyd trató de imitar las acciones de Calhoun al tomar temperaturas y cosas por el estilo. Sin embargo, se le tuvo que detener cuando intentó hacer un raspado de garganta al igual que Calhoun había hecho con pura rutina.

Después de la cuarta de tales inspecciones, dijo a Elsa:

- No necesito ver más. ¿Qué ha sido de los chicos de la misma edad que estas muchachas enfermeras... los de trece, catorce y quince años?

Elsa contestó con cierta incomodidad:

- En su mayoría se encuentran en la espesura. Cazan, pescan y exploran. No se interesan por las chicas. Algunos cultivas cosas... no creo que, de no hacerlo, hubiese bastante comida, aunque no tienen que alimentar a nadie.

Calhoun asintió. En todas las ciudades de la galaxia, los niños pequeños de ambos sexos se veían por doquier, y chicas entre los diez y los veinte años, y adultos. Pero el grupo de muchachos de esa misma edad que él mencionase siempre resultaba invisible. Se congregaban pandillas lejos de la vista del público y se comprometían en juegos aventureros y en exploraciones del todo fútiles. Por todas partes el grupo de esa edad trataba de aparecer autosuficiente.

- Será mejor que tu marido trate de reunir unos cuantos de esos - dijo Calhoun, con una cuidadosa impasibilidad -. Tal y como lo recuerdo, son capaces de albergar alguna idea bastante admirable del deber... durante un ratito. Necesitaremos dentro de poco buena cantidad de esos románticos.

Elsa ahora tenía fe en Calhoun, porque parecía interesarse por los niños. Pero dijo con aire infeliz:

-¿De veras cree usted que... la gente mayor atacará? He madurado desde que llegamos aquí. Los que vinimos primero somos casi iguales a la gente de Phaedra... en cierto sentido. Estos jóvenes están propensos a mostrarse recelosos con respecto a nosotros porque... tratamos de guiarles.

- Si tratas de confesarme que piensas que hay dos aspectos en esta guerra, tienes toda la razón - la dijo Calhoun -. Pero veamos lo que puede hacer tu marido acerca de reunir a algunos de los miembros de la comunidad que se dedican a la caza y a la pesca. Yo tengo que regresar a mi navío.

* * *

Consiguió que le llevasen en coche hasta la rejilla de aterrizaje. No fue Walker quien lo hizo, sino otro de los casi hombres de veinticinco años o así, procedente del poblado o refugio de los colonos de la primera ola. Era uno de esos que trabajaban con Walker desde los comienzos y que al igual que él se mostraba de lo más amargado. Ahora se encontraba a sí mismo como un miembro de la generación más antigua. Aún sentía amargura contra la gente de Phaedra, pero...

-¡Todo este asunto es un lío! - dijo sombrío mientras conducía por la casi desierta ciudad en dirección a la rejilla de aterrizaje -. Tenemos que imaginar un modo de organizar las cosas que sea mejor que el antiguo estilo. ¡Pero la falta de organización tampoco es buena! ¡Poseemos unos cuantos jóvenes duros a los que les gusta esa desorganización, pero tendremos que domesticarlos!

Calhoun tenía también sus propios recelos inquietos. Siempre habrían ideas espléndidas de sistemas sociales que convertirían a la tierra en paraíso para sus habitantes. Aquí, por casualidad, se encontraba un mundo habitado sólo por la juventud. Trató de dejar a un lado, de momento, que se sintiera infelizmente seguro de lo que descubrirían en el navío. Intentó pensar en ésta en apariencia perfecta oportunidad para una nueva y mejor organización de las vidas humanas.

Pero no podía creer en ello. La teoría del instinto-cultura está muy bien elaborada. El Servicio Médico consideraba probado hasta el concepto de que el sistema básico de las sociedades humanas es instintivo más que evolucionado por las pruebas y los errores. El ser humano individual pasa a través de una serie de sistemas instintivos que le encajan en diferentes épocas para realizar funciones distintas en una organización social que puede variar, pero que nunca cambia en su esencia. Tiene que hacer uso esta organización de las funciones sucesivas de sus miembros a las que se ven impulsados por el instinto. Si no utiliza sus miembros, o reprime los instintos, no puede sobrevivir. Los intentos más letales en prueba de las sociedades noveles no sólo procuraban igualar a todos sus miembros, sino que intentaban hacerles iguales sin consideración a su edad. Lo que no podía resultar.

Calhoun pensó infeliz en las pruebas que quería efectuar en el Navío Médico. Mientras el coche de superficie doblaba hasta el gran centro abierto de la rejilla, dijo:

- Mi tarea es realizar un Servicio Médico. No puedo aconsejaros cómo planear un mundo nuevo. Si pudiera, no lo haría. Pero quien quiera que tenga autoridad aquí, será mejor que piense en las dificultades que se presentan muy inmediatas.

-¡Lucharemos si ataca Phaedra! - respondió sombrío el conductor -. ¡Nunca llegarán vivos hasta el suelo, y si lo hacen... lo lamentarán!

- Yo no pensaba en Phaedra - dijo Calhoun.

* * *

El coche se detuvo cerca del Navío Médico. Bajó. En su ausencia se había intentado entrar en la nave. La pandilla que ocupaba el edificio de control y en teoría protegía a Canis III contra el ataque del firmamento, había intentado satisfacer su curiosidad con respecto a la pequeña nave. Incluso utilizaron sopletes sobre el metal. Pero no consiguieron penetrar.

Calhoun sí. Murgatroyd parloteó agudamente cuando le colocó en el suelo. Correteó aliviado por la cabina, disfrutando de encontrarse una vez más en un medio ambiente familiar. Calhoun no le prestó atención. Cerró y aseguró la escotilla de aire. Conectó el espaciofono y dijo al poco:

Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a la flota Phaedriana. Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando...

El altavoz por poco le ensorda cuando alguien le gritó por otra unidad de espaciofono desde la rejilla de control.

«¡Eh! ¡Usted, el del navío! ¡Basta de eso! ¡No se puede hablar con el enemigo!»

Calhoun rebajó el volumen de entrada y dijo con impaciencia:

- Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a la flota de Phaedra. ¡Adelante, flota de Phaedra! ¡Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando...!

Se oyó un coro de gritos desde el edificio próximo. La guardia abigarrada, acalorada y auto-dominada de la rejilla que había intentado entrar en el Navío por causa de la curiosidad,

estaba indignada cuando Calhoun hizo algo que desaprobaban ellos. Con su alboroto imposibilitaron que escuchara una respuesta de la flota espacial presumiblemente por encima de sus cabezas. Pero al cabo de un momento alguien en la torre de control, evidentemente apartó a un lado los demás y gritó:

«¡Usted! ¡Siga con eso y le destrozaremos! ¡Podemos hacerlo mediante la rejilla!»

Calhoun contestó con sequedad:

- Navío Médico a control. Tengo algo que deciros. Supongamos que me escucháis. Pero no por espaciofono. Que vuestro mejor técnico salga y entonces se lo diré por altavoz.

Cortó el espaciofono y aguardó. Del edificio de control salió una erupción de jóvenes indignados. Al cabo de un momento vio al zanquilargo que sonriera con orgullo cuando hizo aterrizar el Navío Médico con absoluta perfección. Los otros gritaban y agitaban el puño en dirección a la nave.

Calhoun sacó el altavoz exterior... utilizado normalmente para comunicación con una brigada terrestre antes del despegue.

- Estoy preparado para el viaje con superimpulsión - dijo Calhoun -. Tengo cargadas hasta el máximo mis células Duhanne. Si tratáis de formar un campo de fuerzas en torno a este navío, soltaré la mitad de una docena de cargas de superimpulsión en un sólo chorro que os quemará todas las bobinas que tenéis. ¿Y entonces cómo pelearéis contra los navíos de Phaedra? Voy a hablar con ellos por espacio. Escuchad si queréis. Registrad la conversación. ¡Pero no tratéis de molestarme!

Volvió a poner en marcha el espaciofono y pacientemente reanudó su llamada:

-¡Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a la flota de Phaedra! ¡Navío Médico llamando a la flota de Phaedra...!

Vio en el exterior, en el edificio de la rejilla de control, una violenta discusión. Algunas de las figuras jóvenes estaban furiosas. Pero el que manipuló la rejilla tan profesionalmente, se enfrentó con ellos. Calhoun no había hecho una vana amenaza. Toda rejilla de campo podía ser volada. Una rejilla podía volar por causa de uno de los navíos según manipulase. Cuando una nave como la de Calhoun entraba en superimpulsión, emitía algo de la clase de cuatro onzas de pura energía para formar un campo en el que poder viajar más allá de la velocidad de la luz. En términos de caballos de fuerza o kilovatios/hora, esa cantidad no tendría significado. Era demasiado grande. Formaba una cantidad de energía cuya masa se encontraba próxima a las cuatro onzas. Cuando el navío salía de superimpulsión, esa energía era recuperada y almacenada. La pérdida era despreciable, comparada con el total. Pero quedaba suelta en el campo de fuerza de una rejilla, incluso tres o cuatro cargas las cuales destruirían por completo el equipo de la rejilla.

* * *

Calhoun obtuvo una respuesta del vacío cuando los miembros del grupo junto al edificio de control se citaban unos a otros y entraban a escuchar con amarga incomodidad y recelo lo que hablaba con el enemigo.

-«La flota de Phaedra llamando» - dijo una voz gruñona en el altavoz del espaciofono -. «¿Qué es lo que usted quiere?»

- Ejercitar mi autoridad como oficial del Servicio Médico - dijo con energía Calhoun -. Os advierto que declaro ahora a este planeta bajo cuarentena. Todo contacto con él desde el espacio queda prohibido hasta que las condiciones sanitarias aquí estén controladas. Informar a las demás espacionaves y a cualquier otro espaciopuerto que estén en contacto, de esta cuarentena. Fin del mensaje.

Silencio. Un largo silencio. La voz gruñona jadeó.

-«¿Qué es eso? ¡Repítalo!»

Calhoun lo repitió. Cortó el fono y desembaló las raspadoras de garganta que usara en los cuatro refugios infantiles que visitó. Abrió su equipo de laboratorio. Puso una disolución de una de las raspaderas de garganta en un porta cultivos que permitía a los organismos vivos ser examinados mientras se multiplicaban. Comenzó a comprobar sus sospechas altamente especificas. Al poco estaba probándolas con toques minúsculos de diferentes anticuerpos. Hizo unas toscas pero razonables y seguras identificaciones. Su expresión se hizo muy, pero que muy sombría. Cogió otra muestra de raspado y la sometió al mismo proceso. Una tercera, una cuarta, una quinta y una décima. A cada instante su expresión crecía en aspereza.

Se ponía el sol cuando martillearon el casco del navío. Conectó el micrófono y el altavoz.

-¿Qué queréis? - preguntó llanamente.

La voz del joven Walker llegó desde la creciente oscuridad. Las pantallas mostraron una docena o más de habitantes de Canis III arremolínándose furiosos en su torno. Algunos eran de la edad de los jóvenes guerreros. Se enzarzaron en una amarga discusión. Pero el joven Walker, y cuatro o cinco que le acompañaban, se encaminaron al navío con ominosa tranquilidad.

-«¿Qué es esta tontería acerca de la cuarentena?» - preguntó con voz áspera Walker desde el exterior -. «No es que tengamos miedo a perder el comercio espacial, ¿pero qué significa eso?»

- Significa que los coeficientes de vuestro valiente nuevo mundo son una basura - le contestó Calhoun -. Habéis mantenido quietos a los niños con circuitos psíquicos y no han comido adecuadamente ni hecho el ejercicio necesario. Se encuentran débiles, desnutridos y también indefensos y flojos por no haber jugado por cuenta propia. Son como los chiquillos míseros solían ser en las épocas pasadas. Aquí, en Canis III, estáis a punto de barreros vosotros mismos. Quizás ya lo habéis hecho.

-«¡Usted está loco!» - respondió Walker. Pero se le notaba trastornado.

- En los cuatro refugios que visité - dijo Calhoun con tono terrible -, localicé cuatro casos de temprana difteria, dos de tifoidea, tres de escarlatina y viruela y muestras de casi cualquier otra enfermedad que podáis conocer. Los chicos han estado desarrollando estas enfermedades por la debilidad y la falta de reserva de infecciones que los humanos siempre llevamos con nosotros. Han llegado a la etapa contagiosa antes de que les viese... pero todos los chicos son mantenidos tan quietos que nadie se fijó que estaban enfermos. Se han contagiado unos a otros y a sus enfermeras y por tanto a toda vuestra población general de todas las infecciones necesarias para una epidemia múltiple de primera clase. Y no tenéis médicos, ni antibióticos... ni siquiera practicantes para administrar inyecciones si las tuvieseis.

-«¡Usted está loco!» - repitió el joven Walker -. «¡Loco! ¿No es esto una treta de Phaedra para hacer que nos rindamos?»

- La treta de Phaedra - dijo Calhoun con tono más terrible que antes -, es una bomba atómica que van a dejar caer dentro de esta rejilla de aterrizaje, con cuarentena o sin cuarentena, dentro de dos días más. Considerando la situación total, no creo que eso importe mucho.

VI

«...La más difícil de las empresas es asegurarse la cooperación de los demás en empresas en que estos otros no pensaron primero...»

Manual del Servicio Médico Interestelar. Pág. 189.

* * *

Calhoun trabajó toda la noche, cuidando e inspeccionando los incubadores de cultivos que formaban parte del equipo técnico del Navío Médico. En la nave, diluyó las raspaduras y las, examinó microscópicamente. Estas raspaduras las había tomado de los refugios infantiles, precisamente de las gargantas de los niños. Se sintió depresivamente seguro de que sus peores augurios como médico tomaban cuerpo... todo aquello era causa y detalle del sistema de circuitos psíquicos sobre los niños descrito de manera tan fanfarrona por Fredericks. Pudo haber redactado el informe de sus presentes resultados por anticipado, tras echar una mirada a la criatura llamada Jack que le enseñó la joven esposa de Walker. Pero le sabía mal encontrar que la información objetiva estaba de acuerdo con lo que predijese teóricamente.

En cada cuerpo humano hay siempre gérmenes. El proceso de la buena salud es en parte un combate continuo con infecciones ligeras que pasan inadvertidas. A causa de las victorias sobre las pequeñas invasiones, un cuerpo humano adquiere defensas contra mayores invasiones contagiosas. Sin tales victorias y constantes, el cuerpo deja de mantener fuerte sus defensas contra las cabezas de puente de la infección. Pero la desnutrición e incluso el agotamiento, podían debilitar un cuerpo una vez admirablemente equipado para esta especie de guerra de guerrillas.

Si un niño mal nutrido fracasaba en vencer en una escaramuza, podía verse abrumado por un contacto que la misma criatura jamás habría conocido de haber sido algo más fuerte. Pero, abrumado, el niño se convierte en un caso esporádico de enfermedad... un caso no rastreable hasta ningún otro caso clínico. Y luego, es origen de otra epidemia. En condiciones de miseria una enfermedad desconocida durante años puede despertar y extenderse como el fuego en la hierba seca. Con la mejor de las intenciones y gran ingenuidad técnica, la joven generación de colonos de Canis III había hecho ese proceso inevitable entre las criaturas que fueron su última carga impuesta. Los niños estaban faltos de ejercicio, bajos sus estímulos y por tanto igualados en apetito y nutrición. Y resulta un axioma del Servicio Médico que un sólo niño mal nutrido puede poner en peligro a todo un planeta.

Calhoun demostró el hecho con abrumadora certidumbre. Sus cultivos deslumbraron incluso a él mismo. Pero al amanecer había aplicado ya las capacidades especiales genéticas de Murgatroyd a los cultivos.

Murgatroyd dijo: - en un tono de protesta, cuando Calhoun hizo lo que era necesario en aquel trocito pequeño de su flanco que era del todo insensible.

Pero luego Murgatroyd se sacudió y con admiración miró ceñudo a Calhoun, imitando su aire intenso y preocupado que el médico portaba en aquellos instantes. Luego siguió a Calhoun casi de buen humor, plantado sobre sus cuartos traseros, a la manera humana, haciendo ajustar imaginarios aparatos, al igual que hacía Calhoun, muy adelantado en el tiempo a lo que él esperaba que ocurriría.

Al poco, Murgatroyd, cansado, un poco antes que lo corriente, se fue a dormir. Calhoun se inclinó sobre él y auscultó su ritmo respiratorio y los latidos del corazón. Murgatroyd siguió durmiendo. Calhoun entrecruzó los dedos en ansiosa expectación.

Había venido a esta misión con algo de rencor, porque pensaba que se trataba de una estupidez. Siguió con creciente desaliento cuando descubrió que no era absurda. Ahora vigilaba a Murgatroyd con el interés emocional que un médico siente cuando las vidas dependen de su ciencia profesional, pero cuando es eficiencia también depende de algo más allá de su control. En esta ocasión, Murgatroyd era ese algo... pero aún había otro más.

El «tormal» era un animalito agradable y Calhoun le tenía muchísimo cariño. Pero los «tormales», eran miembros de la tripulación de los Navíos Médicos, mejor dicho, de la monotripulación, porque su metabolismo resultaba similar, muy similar, al de los humanos, aunque ningún «tormal» había conocido jamás la muerte por una enfermedad infecciosa.

Podían albergar las infecciones humanas, pero sólo una vez y ligeramente. Parecía ser que aquellas criaturitas peludas tenían una gran sensibilidad a las toxinas bacterianas. La presencia de material infeccioso en su torrente sanguíneo fruncía una reacción violenta e instantánea... y la elaboración de anticuerpos en gran cantidad. Los teóricos decían que los «tormales» tenían sistemas de inmunidad dinámicos en lugar de pasivos, cómo ocurría en los humanos. Y su química corporal parecía buscar truculentamente individuos microscópicos que destruir, más que aguardar a que algo se desarrollase antes de poder luchar contra ese algo.

Si ahora reacciona normalmente, en cuestión de horas su torrente sanguíneo estaría saturado de anticuerpos... o de un anticuerpo... retales para los cultivos que Calhoun le había inyectado. Había, sin embargo, un hecho desafortunado. Murgatroyd pesaba quizás diez kilos. Había una mayoría de población interplanetaria que necesitaba anticuerpos que sólo él podía producir.

Durmió desde la hora del desayuno hasta la del almuerzo. Y respiró más ligeramente de prisa de lo que debiera. Su corazón latió de manera irregular.

* * *

Calhoun juró un poco cuando llegó e mediodía. Miró el equipo preparado para el microanálisis biológico... diminutos tubos de ensayo conteniendo media gota, frascos de reactivos dispersando fracciones de milímetros, herramientas y balanzas mucho más diminutas que si fueran para una casa de muñecas. Si podía determinar la estructura y fórmula de un anticuerpo, o anticuerpos, que el diminuto cuerpo de Murgatroyd formase, la síntesis en cantidad seria posible. Sólo que el Navío Médico no tenía materiales para tan gran cantidad de producción.

Había sólo una posibilidad. Calhoun dio al interruptor del espaciofono. Al instante le llegó la voz por el altavoz.

Llamando a Navío Médico "Esclipus Veinte" !La flota de Phaedra llamando al Navío Médico "Esclipus Veinte"!»

- Navío Médico responde - dijo Calhoun -. ¿Qué pasa?

La voz prosiguió:

-«¡Llamando al Navío Médico "Veinte"! ¡Llamando al Navío Médico "Esclipus Veinte"! ¡Llamando...» - prosiguió interminablemente. Sonaba muy lejana, como si tardase mucho en captar la respuesta de Calhoun. Tras la fórmula de llamada se interrumpió -: «¡Navío Médico! Nuestros doctores creen saber lo que ocurre en Canis. ¿Podemos ayudar? ¡Tenemos navíos hospital equipados y preparados!»

- La cuestión es si pueden hacer una fórmula de identificación de estructuras y si son ustedes capaces de desintonizar lo que yo identifique - dijo con rapidez Calhoun -. ¿Qué tal están de laboratorio? ¿Se encuentran bien provistos de materias primas biológicas?

Aguardó. Por el intervalo entre su respuesta y la réplica, el navío que comunicaba se encontraría a unos ocho millones de kilómetros de distancia o más. Pero no se encontraba tan lejos como el planeta contiguo exterior en donde la flota de Phaedra había establecido su base.

Mientras aguardaba la respuesta, Calhoun oyó murmullos. Vendrían del edificio de control al lado de la rejilla. La pandilla fanfarrona y recelosa escuchaba. Calhoun les había amenazado con destruir la rejilla si trataban algo en contra del Navío Médico... pero no podía hacer nada a menos que intentasen utilizar un campo de fuerza. Los jóvenes escuchaban, murmurando entre sí

Mucho tiempo después la voz del espacio regresó. La flota de la generación mayor de Phaedra había aterrizado, excepto los navíos de observación como el que hablaba. La flota

tenía un equipo biológico completo pronto para cualquier emergencia. Era capaz de sintetizar el componente deseado más extraño... el grado de complejidad y de clasificación resultaba satisfactorio.

- Anteayer - dijo Calhoun -, cuando me dejaron en Canis IV, su jefe Walker dijo que sus hijos en este planeta estaban destruyendo a sus nietos. No especifico cómo. Pero el proceso está muy adelantado... sólo que toda la población probablemente morirá con ellos. Necesitaré esos navíos hospital y sus mejores químicos biológicos... ¡Tengo esperanza! ¡Que empiecen a venir desde aquí... de prisa! Intentaré hacer un trato para que por lo menos los navíos hospital puedan aterrizar. Corto.

No cortó el espaciofono. Escuchó. Y una voz amargada y envenenada vino de las proximidades:

-«¡Seguro! ¡Seguro! ¡Les dejaremos que aterricen navíos que nos dirán que son hospitales, cargados con hombres y armas! ¡Les dejaremos aterrizar, claro que sí!»

Hubo un chasquido. El espaciofono del edificio del control estaba cerrado.

* * *

Calhoun se volvió al dormido Murgatroyd. Hubo un movimiento en torno al edificio de ladrillo de la rejilla de control. Esbeltos y relucientes coches de superficie se alejaron... dos. Calhoun se acercó al comunicador planetario. Podía irrumpir en cualquier longitud de onda utilizada para la comunicación de radio bajo el techo de abside de un planeta. Tenía que ponerse en contacto con Walker o algún otro de los colonos llegados en primer lugar. Seguían todavía amargados contra su mundo natal, pero empezaban a comprender que Calhoun les había dicho la verdad acerca de los niños mas pequeños.

Pero el comunicador planetario no captó nada. No se utilizaba ninguna radiación en todas las frecuencias de onda exploradas. No había un servicio de noticias organizado. La gente joven de Canis III estaba demasiado autocentrada para preocuparse por las noticias. No habían programas de entretenimiento. Sólo emisiones circunstanciales se ofrecían y esa circunstancia no se daba con tanta frecuencia como para exigir el mantenimiento de una costosa y trabajosa red de emisoras.

Así que Calhoun no puede comunicarse excepto por el espaciofono, con un rango de alcance de millones de kilómetros y por los altavoces exteriores del navío, con un alcance de centenares de metros. Si abandonaba el Navío Médico, probablemente tendría que abrirse paso luchando para regresar a él. De todas formas, no podía encontrar a Walker yendo a pie y no sabia tampoco a qué otra persona podría recurrir.

Además, en la nave había mucho trabajo que hacer.

Antes de que Murgatroyd despertara, los dos coches de superficie habían regresado. A intervalos, cerca de una docena de otros vehículos siguieron hasta el edificio de control, serpenteando hasta cruzar el centro despejado de la rejilla con magníficas nubes de polvo como estela. Frenaron violentamente al llegar. Los jóvenes salieron a raudales. Algunos de ellos gritaron dirigiéndose al Navío Médico e hicieron gestos amenazadores. Irrumpieron en el edificio.

-«¿Chee?» - dijo Murgatroyd tentativo.

Estaba despierto. Calhoun sintió ganas de abrazarle.

-¡Ahora a ver qué es lo que vemos! - exclamó ceñudo -. ¡Espero que hayas cumplido tu papel, Murgatroyd!

Murgatroyd se le acercó voluntariamente y Calhoun lo levantó hasta la mesa que tenía preparada. De nuevo, lo que le hizo no le dañó. Un diminuto retazo en el costado de Murgatroyd habla sido insensibilizado permanentemente poco después de que naciera. Calhoun extrajo una cantidad de lo que confiaba que fuese un antagonista bacterial altamente

concentrado. Sacó unos treinta centímetros cúbicos en total. Aplastó las células rojas. Separó el suero. Lo diluyó en una parte infinitísima y con mano segura lo añadió a una de las correderas de los mismos cultivos vivos en que la inmunidad dinámica de Murgatroyd había elaborado el posible suero.

Las bacterias y virus murieron inmediatamente.

Calhoun tenía una muestra ahora de anticuerpo que podría soportar el desastre intolerable desparramado en el mundo de la gente joven... «si» podía realizarlo rápidamente y de manera segura, y «si» los navíos hospital del planeta Phaedra podían aterrizar, y «si» eran capaces de desintetizar los componentes de algún anticuerpo altamente complejo, y «si» los habitantes de Canis III dejaban a un lado su odio...

Oyó un sonido como de llamada en el casco del Navío Médico. Miró la pantalla. Dos jóvenes estaban plantados en el umbral del edificio de control, disparando a placer contra el Navío Médico con armas deportivas.

Calhoun se puso a trabajar. Los rifles deportivos no podían hacer mucho daño.

Durante una hora, mientras se producía el chasquido ocasional de los proyectiles contra las planchas exteriores de la nave, trabajó en la tarea infinitamente delicada de separar el suero de su contenido de anticuerpo. Durante otra hora, intentó separar el anticuerpo de infracciones. Increíblemente, no quería separarse. Resultó ser una sola substancia.

Hubo un sonido potente y todo el navío se estremeció. La pantalla mostró una nube de humo alejándose. Los miembros de la guardia de la rejilla habían hecho detonar algunos explosivos... destinados a la minoría, lo más probable... contra una de las aletas de aterrizaje.

Calhoun masculló un juramento. Su llamada a la flota phaedriana fue la causa. La guardia de la rejilla no tenía intención de permitir ningún aterrizaje. Les había amenazado con hacer volar sus controles si intentábamos utilizar la rejilla en el Navío Médico, pero la deseaban tener preparada para el uso como arma contra la flota espacial.

Volvió a su trabajo. De vez en cuando, molestamente, miraba hacia el exterior. Al poco un joven grupo de guerreros avanzó hacia la nave, portando algo muy pesado. Una carga mayor de explosivos, quizás.

Esperó a que estuviesen a pocos metros del navío. Apretó el botón de los cohetes de emergencia. Una varilla delgada como un lápiz llameante salió disparada hacia abajo entre las aletas de aterrizaje. Era de un blanco azulado, del blanco de la superficie de un sol. Durante un instante salpicó furiosa antes de perforar y fundir un agujero en el suelo por donde se perdió. Pero en ese instante había prendido fuego a la cobertura de la carga que llevaban los jóvenes. La dejaron caer y huyeron. La llama perforó más y más profundamente en el terreno. Se alzaron nubes de humo y vapor.

Se produjo un relámpago cegador. La carga que los jóvenes guerreros habían abandonado, se desvaneció en un fulgor que parecía el de un rayo. La nave se estremeció a causa de la explosión y un cráter apareció donde el explosivo había estado.

Calhoun cortó el cohete de emergencia, que había estado ardiendo durante diez segundos a un cuarto de potencia.

* * *

La puesta del sol sobrevino y cayó la noche por segunda vez. Advirtió, bruscamente, que algunos de los coches de superficie que estaban cerca del edificio de control se alejaban a toda marcha. Pero no pasaron cerca del Navío Médico en su partida. Siguió con el trabajo. Llevaba ya casi treinta horas efectuando cultivos de las muestras raspadas de las gargantas de los niños e inyectando a Murgatroyd y esperando su reacción y luego separando una diminuta cantidad de anticuerpo - que no sería del total del polvo que contiene una ala de mariposa - el suero que obtenía.

Muy lejos, a decenas o centenares de billones de kilómetros, los navíos hospital de la flota phaedriana despegaban desde el planeta vecino exterior. Venían a toda marcha hacia Canis III. Necesitarían los resultados del trabajo que Calhoun estaba haciendo, si tenían que prevenir una sorprendente plaga múltiple que podría barrer todos los sacrificios de edificación de la colonia. Por esto su trabajo debía de ser exacto.

Era aburrido. Era cronométrico. Era agotador en su consumo de tiempo. Tenía la ayuda de experiencia anterior y el conocimiento de que el diseño molecular era más probable incluiría este grupo de radicales y seguramente que, en las cadenas laterales como ésta, se podía buscar por productos similares y copolimeros. Pero tenía los ojos cansados y ya no podía más. Iba nuevamente a amanecer. Notaba como si tuviera granos de arena debajo de los párpados. Sentía el cerebro seco, lo nota riguroso dentro del cráneo, como si fuera de corcho. Pero cuando los primeros colores rojos aparecieron en levante, iluminando las torres de la ciudad, ya tenía el esquema de lo que debería ser la compleja molécula que se formó en el peludo cuerpo de Murgatroyd. Acababa de empezar a darse cuenta, de manera vaga, que había hecho el trabajo, cuando dos luces gemelas deslumbradoras vinieron rebotando y oscilando a través del centro vacío de la rejilla. Se mostraron vivamente en la difusa oscuridad. Se detuvieron. Un hombre saltó del coche de superficie y corrió hacia la nave.

Calhoun cansado sacó los micrófonos exteriores y altavoces.

-¿Qué ocurre ahora? - el hombre era el joven Walker.

- ¡Tiene usted razón! - llamó la voz de Walker, tensa hasta el punto de ruptura -. ¡Hay enfermedad! ¡Por todas partes! ¡Es una epidemia!

-¡Está empezando! ¡La gente se sentía cansada y molesta y por eso se aisló en sí misma! ¡Nadie se dio cuenta! ¡pero tienen fiebre! ¡Muestran lesiones! ¡Algunos deliran! ¡los niños más pequeños son los peores... siempre estaban quietos... pero la epidemia es general! ¡Jamás conocimos antes una verdadera enfermedad! ¿Qué podemos hacer?

Calhoun dijo cansado:

- Ya tengo la solución para un anticuerpo. Murgatroyd lo fabricó. Para eso está. Los navíos hospital de Phaedra vienen hacia aquí ahora. Empezarán a aparecer y a fabricar en cantidad y sus médicos darán a todo el mundo inyecciones inmunizadoras contra el mal.

El joven Walker gritó fieramente:

-¡Pero esto significa que tendrán que aterrizar! ¡Lo ocuparán todo! ¡No puedo permitirles que aterricen! ¡Yo no tengo poder para eso! ¡Nadie lo tiene! ¡Muchos de nosotros preferirían morir antes que dejarles tomar tierra! Nos mintieron. Ya es bastante malo tenerles amenazando en el exterior. ¡Si aterrizan, habrá lucha por todas partes y para siempre! ¡No podemos permitirles que nos ayuden! ¡No podemos! ¡Lucharemos... moriremos primero!

Calhoun parpadeó como un mochuelo.

- Eso es algo que tenéis que decir vosotros y tú por ti mismo - dijo cansino -. Si estáis decididos a morir, no puedo impedirlo. ¡Morir primero o morir después... es elección vuestra! Tomadla ¡Yo me voy a dormir!

Cortó el micrófono y los altavoces. No podía mantener los ojos abiertos.

VII

«...Como asunto estrictamente práctico, un hombre que tiene que dejar una tarea que ha terminado y desea que continúe tal y como la dejó, de ordinario halla preciso conceder el crédito por su trabajo a alguien que permanecerá en el lugar y que, por tanto, se sentirá inclinado a protegerlo y defenderlo mientras viva...»

***Manual del Servicio Médico Interestelar. Págs. 167 y 168**.*

* * *

Murgatroyd se abrazó a Calhoun y le chilló ansiosamente al oído.

-«¡Chee! ¡Chee!» - fue su frenético grito -. «¡Chee-chee-chee!»

Calhoun abrió los ojos, parpadeando. Se produjo un estampido ensordecedor y el Navío Médico se tambaleó sobre sus aletas de aterrizaje. Estuvo a punto de volcar. Osciló terriblemente y luego, despacio, despacito, se bamboleó hacia el otro lado, pasó por la vertical y casi se inclinó tanto en la dirección opuesta, que se oyeron crujidos mientras el suelo cedía en parte por debajo de una de las aletas.

Entonces Calhoun despertó por completo. En un solo movimiento se había levantado y cruzado la cabina hacia la silla de control. Hubo otro violento impacto. Pasó la mano por la fila de mandos que accionó dando paso a todas las fuentes de información y comunicaciones. Las pantallas se iluminaron y el espaciofono y los micrófonos y altavoces, e incluso el sistema de comunicación planetario que le había informado que allí se estaba empleando el espectro electromagnético de la atmósfera del planeta.

Un griterío llenó la cabina. Por el altavoz del espaciofono una voz estentórea bramó:

-«¡Esta es nuestra última palabra! ¡Permitid nuestro aterrizaje o...!»

Una detonación atronadora se acusó en los micrófonos exteriores. El Navío Médico rebotó limpiamente. En el exterior de la nave había un torbellino de humo blanco. Era media mañana ahora y la gigantesca estructura de encaje metálico de la rejilla de aterrizaje quedó silueteada contra un cielo azul profundo. Se produjeron chasquidos por alguna tempestad eléctrica quizás a dos mil kilómetros de distancia. Hubieron gritos, también captados por los micros del exterior.

Dos grupos de figuras, a cincuenta o cien metros del Navío Médico, trabajando furiosamente con algunos objetos del suelo. Salió un torrente de humo; luego, un «¡Boom!» pesado y explosivo.

Algo cruzó el aire de extremo a extremo, dejando tras de sí un reguero de chispas. Cayó cerca de la base del erguido Navío Médico.

Calhoun oprimió el botón del cohete de emergencia mientras aquello estallaba. El rugido del cohete llenó el interior de la nave. El altavoz del espaciofono tomó a bramar:

«¡Hemos dirigido hacia abajo un proyectil portando una bomba megatónica! ¡Es nuestra última palabra! ¡permitid que aterricemos o entraremos peleando!»

El objeto lanzado por el tosco cañón explotó con violencia. Ayudado por el llameante cohete de emergencia, alzó el Navío Médico, que se disparó hacia arriba, volvió a aposentarse... y sólo dos de sus aletas encontraron sólido asiento. La nave comenzó a volcar al carecer de tercer soporte.

Una vez volcado, el navío quedaría indefenso. Se le podría hacer volar en pedazos colocando cargas explosivas entre el casco y el suelo. Ya existía un cráter allá donde debiera haber estado la tercera aleta para el aterrizaje.

Calhoun pulsó el botón hasta el fondo. La nave se estabilizó y ascendió. Pasó girando a través del nivelado centro de la rejilla de aterrizaje. Su esbelta llama a ultra velocidad acuchilló el terreno, dejando una hendidura incandescente y humeante. Las figuras en torno a los cañones se desparramaron y huyeron. El Navío Médico adquirió una posición vertical y empezó su ascenso.

Calhoun juró. La rejilla era la defensa del planeta contra los aterrizajes desde el espacio, porque podía arrojar proyectiles de cualquier tamaño con una perfecta puntería contra cualquier blanco que se encontrara dentro de un radio de ciento sesenta mil kilómetros - doce diámetros planetarios, poco más o menos. Sus operadores tenían el propósito de desafiar a la flota de Phaedra y necesitaban desembarazarse del Navío Médico antes de atreverse a

proporcionar energía a sus bobinas. Ahora se libraban de él. Ahora podrían arrojar bombas, o peñascos, o cualquier cosa que pudiera manejar sus campos de fuerza.

El espaciofono volvió a bramar:

-«¡Ah, los del suelo! ¡Nuestro proyectil apunta directamente a vuestra rejilla¡ ¡Porta una bomba nuclear de un megatón! ¡Evacuad la zonal»

* * *

Calhoun volvió a jurar. La pandilla, la guardia, el grupo de jóvenes guerreros de la rejilla se mostrarían harto confiados para temer tal amenaza. Si en Canis III hubieran cabezas más sabias, no podrían hacer más que obedecer sus órdenes. Toda comunidad humana tiene que ser completa o no resulta operable. La civilización que había existido en Phaedra II quedó destrozada por la inminente catástrofe de su sol. Los fragmentos - en Phaedra, en la flota, en cada pequeña comunidad ocupada de Canis III - eran incompletos e incapaces de actuar o pensar en concierto con cualquier otro. Cada grupito en este planeta, ciertamente, sólo servía a los demás de «boquilla». El mundo joven era inherentemente incapaz de Organizarse a sí mismo, excepto a una escala mínima. Y tal grupo miniatura poseía la rejilla y lucharía con ella sin tener en cuenta los deseos de nadie más... porque aquel grupo estaba compuesto por miembros del grupo de jóvenes guerreros que se dejaban llevar por sus instintos bélicos.

Pero él se encontraba todavía dentro de la cerca de un kilómetro de altura que formaba la estructura de acero de la rejilla. Se ató a su asiento. El navío ascendió y ascendió. Llegó a nivel de lo alto de la única defensa que la colonia tenía contra el espacio. El borde peculiar ondulado de cobre de la estructura, dando forma al campo de fuerza y sirviéndole de guía, lo que le hacía utilizable, se cernió en torno suyo. Puso en funciones el dispositivo conjunto de cohetes y lanzó su navío disparado hacia el cielo.

Un bramido ensordecedor le llegó por los altavoces:

-«¡Sí! ¡Vete y únete con los viejos! ¡Ya te ajustaremos las cuentas!»

Evidentemente, la voz procedía del suelo que quedaba debajo suyo. El navío se remontó como un rayo. Calhoun se puso a chillar por el micro del espaciofono:

- ¡Navío Médico llamando a la flota! ¡Retiren ese proyectil! ¡Tengo la estructura del anticuerpo!

¡No es este momento el adecuado para luchar! ¡Retiren su proyectil!

Una carcajada despectiva... de nuevo procedente del suelo. Luego se oyó la voz profunda de un hombre mayor.

-«invado Médico, quítese de en medio! Esos jóvenes estúpidos se están destruyendo a sí mismos. ¡Ahora van a destruir a nuestros nietos! ¡Si antes no nos hubiéramos mostrado blandos de corazón... si hubiéramos peleado contra ellos desde el principio.. .Los pequeños no se estarían ahora muriendo! ¡Apártese de en medio! ¡Si puede ayudarnos, será luego de que hayamos ganado la guerra!»

El cielo se volvió púrpura a la altura alcanzada por Calhoun. Se ennegreció. El sol Canis flameó y destelló contra un fondo de espacio de ébano, salpicado por un millón de estrellas de colores. El Navío Médico siguió su ascenso.

Calhoun se sintió singular y desvalidamente solo. Por debajo de él la soleada superficie de un mundo se le extendía, su borde ya curvándose, masas de nubes en su atmósfera velando los detalles de montañas y macizos vegetales. Allá estaba el azul océano, casi amenazador. La ciudad de la rejilla de aterrizaje era ya diminuta. Los campos pardos y arados ya no quedaban divididos en formas rectangulares. Eran una mera bruma castaño entre el coloreado de las zonas aún vírgenes. Los colonos de Canis III se habían adueñado hasta entonces de sólo una parte de aquel mundo nuevo. Muchas partes más permanecían a la espera de verse convertidas en útiles para el hombre.

La pantalla trasera mostraba algo que ascendía. Masas de material, sin forma pero a terrible velocidad. Era un género indefinido, incoado. Parecía polvo salido del centro del suelo de la rejilla de aterrizaje, lanzado a lo alto con el horrible poder asequible para el aterrizaje y lanzamiento de navíos. Y, enfocados en eso, los campos de fuerza de la rejilla que lo podían controlar absolutamente durante doscientos mil kilómetros.

Calhoun se desvió, aunque muy ligeramente. Su propia velocidad alcanzaba el rango de kilómetros por segundo, pero la masa informe que le seguía viajaba a una velocidad diez veces mayor. No importaría que fuese un singular proyectil dirigido. A tal velocidad no chocaría como una masa, sino como una lluvia de meteoros, entrando en incandescencia cuando tocaran su blanco y vaporizando al Navío Médico consigo mismo en la llamarada del impacto.

Pero la rejilla tendría que soltar su múltiple proyectil antes del choque. En las células Duhanne de la nave había almacenado un poder monstruoso. Si esa energía cruda era puesta en libertad dentro de algo que estuviese enfocado por un campo de fuerza, destruiría la fuente emisora del campo. La rejilla podría controlar este pulverizado ariete hasta la más última fracción de segundo, pero luego debería soltar o... y su operador lo sabia.

Calhoun hizo virar su nave con frenesí.

* * *

La masa de rauda materia planetaria pasó veloz a menos de unos centenares de metros de distancia. La habían soltado. Seguirían viajando por el espacio vacío durante meses, O años... quizás por toda la eternidad.

Calhoun regresó a su rumbo de ascensión. Ahora, por delante suyo, envió furiosas órdenes.

- ¡Retiren ese proyectil! ¡No pueden hacer caer una bomba sobre Canis! ¡Hay gente allí! ¡No pueden dejar caer una bomba sobre Canis!

No hubo respuesta. Tomó a vociferar.

-¡Navío Médico llamando a la flota phaedriana! ¡Hay epidemia en Canis! ¡Sus hijos y nietos se ven afectados! ¡No pueden abrirse paso luchando para llegar a ellos! No pueden instalarse junto a las cabeceras de sus camas tras haber abierto fuego contra ellos! ¡Tienen que negociar! ¡Han de llegar a un compromiso! ¡Es preciso que lleguen a un acuerdo o ustedes y ellos juntos...!

Una voz enronquecida procedente del suelo, dijo con desdén:

-¡No te molestes, mediquillo¡ ¡Déjales que traten de aterrizar! ¡Déjales que prueben a ocuparnos y a dominarnos! ¡Ya les hemos escuchado bastante! ¡Que intenten aterrizar y verán lo que pasa! ¡Tenemos localizada toda su flota! ¡Nos ocuparemos de ellos!»

Luego los tonos gruñones que Calhoun habla llegado a asociar con Phaedra:

-«Apártese de en medio, Navío Médico. ¡Si nuestros hijos están enfermos, vamos junto a ellos! Nos hallamos más allá del área en que ningún motor funciona. ¡Cuando hayamos hecho estallar la rejilla, nuestro navío de desembarco descenderá y podremos entrar! ¡Nuestro proyectil se encuentra a sólo media hora de su blanco ya! ¡Dentro de tres horas, o menos, empezará nuestro aterrizaje! ¡Fuera de nuestro camino!»

Calhoun, amargado, pronunció unas cuantas palabras impublicables. Pero se enfrentaba a una posición emocional de tablas entre enemigos que estaban igualmente equivocados. La cólera frenética de los adultos de Phaedra, que veían barrado su camino al mundo adonde enviaron sus hijos primero para poder quedarse en donde aguardaba la muerte, se conjuntaba con la amarga rebeldía de la gente joven que había trabajado más allá de lo soportable y recibió una carga superior a su energía para tolerarla. Allí no podía haber ningún compromiso. No era posible a ninguno de los dos bandos reconocer ante el otro que habla sido parcialmente derrotado. La querella debía pelearse hasta un final entre los bandos opues-

tos y luego permanecería el odio, no importa cuál grupo ganase. Ese odio imposible de razonar.

Sólo podía ser reemplazado por un odio todavía mayor.

Calhoun rechinó los dientes. El Navío Médico siguió alejándose del soleado Canis III. En algún lugar - a pocos miles de kilómetros de distancia - la flota de Phaedra se apiñaba. Sus tripulaciones estaban furiosas, pero también enfermas de ansiedad acerca de los enemigos contra quienes se preparaban para luchar. En tierra había odio entre los mayores de los colonos - el joven grupo de los guerreros en particular, porque es el grupo en que el odio resulta natural y apropiado - y no había allí ni el menor remordimiento de conciencia porque incluso al estar en lo cierto se hallaban equivocados. Todo impulso decente que se había ejercido sobre ellos para obligarles al agotamiento, antes de su rebelión, protestaba ahora de las consecuencias de su revuelta. Sin embargo, creía que al rebelarse estaban justificados.

A Murgatroyd no le gustó el continuo rugir de los cohetes de emergencia. Trepó al regazo de Calhoun y protestó.

-«¡Chee!» - gritó apremiante -. «¡CheeChée!»

Calhoun gruño.

Murgatroyd - dijo -, es norma del Servicio Médico que un miembro de este servicio sea, en caso de necesidad, prescindible. Me temo que se tendrá que prescindir de nosotros. ¡Agárrate fuerte ahora! ¡Probaremos algo de acción!

*** * ***

Hizo girar al Navío Médico de cabo a rabo y dio plena potencia a los cohetes. La nave aceleraría incluso más de prisa de lo que cobraba velocidad. Ajustó el indicador de objetos próximos hasta la máxima ganancia. Mostraba ahora retirándose la masa de piedra y suelo de Canis. Calhoun ajustó luego un escrutador para examinar una zona particular del firmamento.

- Puesto que pueden insultar a los padres - observó -, ellos han construido un misil que se abra paso luchando a través de cualquier cosa que se le arroje. Irá a control remoto para tal propósito. Es muy dudoso que haya ninguna espacionave del planeta para hacerle frente. De todas formas, no ha habido referencia alguna. Así que el proyectil tendrá que librarse sólo del material que le lance la rejilla de aterrizaje. Lo que resulta bueno. Además, siendo padres como son, por encima de todo, ese proyectil no marchará a gran velocidad. Querrán ser capaces de controlarlo para retirarlo en el último minuto. Estarán esperando tener que hacerlo.

-«¡Chee!» - dijo Murgatroyd, insistiendo en que no le gustaba el rugir de los cohetes.

- Así que nos haremos nosotros tan impopulares como nos sea posible con los padres - observó Calhoun -. Si sobrevivimos nos haremos todavía más cordialmente odiar por los hijos. Y entonces podrán tolerarse un poquito unos a otros, porque ambos nos odiarán mucho. Y así la situación de salud pública en Canis III quizás se pueda resolver. ¡Ah!

El indicador de objetos próximos mostraba algo que se movía hacia el Navío Médico. El escrutador repitió la información con mayor detalle. Había un objeto pequeño que se encaminaba hacia el planeta desde el espacio vacío. Su velocidad y rumbo...

Diez minutos más tarde gruñó el espaciofono:

-«¡Navío Médico! ¿Qué se cree que está haciendo?»

- Meterme en dificultades - contestó con laconismo Calhoun.

Silencio. Las pantallas mostraron diminutos puntos de luz que se movían, alejándose hacia el vacío. Calhoun calculó su curso. Lo cambió.

-«¡Navío Médico!» - carraspeó el espaciofono -. «¡Apártese de en medio del camino de nuestro proyectil! ¡Es una bomba megatónica!»

Calhoun contestó de manera irrelevante:

- Los que se entrometen en las peleas, a menudo tienen que salir con un ojo amoratado - y añadió -. Ya sé lo que es.

-«¡Déjelo en paz!» - continuó la voz -. «¡La rejilla en el suelo lo ha localizado! ¡Están enviando rocas para luchar contra él!»

- Son muy malos tiradores - anunció Calhoun -. ¡Cuando dispararon contra mí, fallaron!

Apuntó a su navío. Conocía las capacidades de la nave como sólo es capaz de conocerla un hombre que lleva muchísimo tiempo manejándola. Sabía exactamente qué es lo que podía hacer.

El cohete desde la lejanía - el proyectil dirigido conteniendo la bomba de un megatón - vino humeando furiosamente desde las estrellas. Calhoun pareció lanzar a su nave en rumbo de colisión. El cohete giró para esquivarle, aunque guiado desde muchos miles de kilómetros de distancia. Había un espacio de tiempo trivial, también, entre el momento en que sus escrutadores captaban una imagen y la transmitían y la transmisión llegaba a la flota phaedriana y los impulsos de control alcanzaban en respuesta al proyectil. Calhoun contaba con eso. Tenía que hacerlo. Pero no buscaba el choque. Estaba obligado a la acción evasiva. La aseguró. El cohete se ladeó para apartarse y Calhoun lanzó el Navío Médico en una marcha en zig zag y fue una cosa escalofriante, salvándose por un pelo - dio un tajo a toda la extensión del cohete megatónico con las llamas de sus toberas. Esas llamas tenían menos de media pulgada de grosor, pero su temperatura era equivalente a la de la superficie de una estrella, y en el vacío, se prolongaba a centenares de metros de longitud. La llama cortó el cohete en redondo. Este Llameó horriblemente e incluso hasta tan lejos, que Calhoun notó el impacto amortiguado de la llama. Pero eso era el Combustible del cohete del proyectil dirigido. Una bomba atómica es la única bomba conocida que no estallaría si se la parte por medio.

Los fragmentos del proyectil dirigido siguieron adelante del planeta, pero ya eran inofensivos.

-«¡Está bien!» - dijo el espaciofono con tono gélido, pero Calhoun creía advertir alivio en aquella voz -. «¡Solamente ha retrasado nuestro aterrizaje y ha hecho que se pierdan muchas vidas por causa de la enfermedad!»

Calhoun masticó algo que le pareció ser su corazón.

-¡Ahora veremos si eso es verdad! - dijo.

*** * ***

El navío había perdido su velocidad de escape antes de acercarse al proyectil. Ahora alcanzaba velocidad hacia el planeta. Cortó el cohete para observar. Hizo girar el casco y dieron un par de breves explosiones los cohetes.

- Será mejor que economice - dijo a Murgatroyd -. El combustible para los cohetes es difícil de conseguir en este rincón perdido del espacio. Si no tengo cuidado, entraremos en órbita aquí, sin medio de bajar. ¡Y no creo que los habitantes locales se muestren propicios a ayudarnos!

Su caída lateral hacia el proyectil le había situado muy próximo a la velocidad orbital relativa según la superficie del planeta. El Navío Médico flotaba, con un desgaire de apariencia infinito en torno a la vasta masa de aquel mundo en guerra. En menos de media hora se hundía profundamente en la oscuridad de la zona nocturna de Canis. A los tres cuartos de hora salía otra vez por el borde soleado, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de altura.

- No es velocidad suficiente para una verdadera órbita - dijo a Murgatroyd con aire crítico -. ¡Daría cualquier cosa por tener un buen mapa!

Vigiló alerta. Podía ganar más altura si era necesario, pero le preocupaba el combustible del cohete. Estaba diseñado para resolver sólo emergencias. Pesaba demasiado para transportarlo en cantidad.

Divisó la ciudad de Canópolis en el horizonte. Se puso a trabajar furiosamente. Invirtió el pequeño navío y se zambulló en la atmósfera. Redujo velocidad mediante disparos del cohete unidos a la fricción del aire, cayendo sin cesar todo el rato. Estaba a tres kilómetros de altura cuando pasó rozando el borde de las montañas y vio que la ciudad se extendía por delante y por debajo. Pudo haberse estrellado a poca distancia de ella. Pero consumió más combustible para permanecer en vuelo. Usó los cohetes dos veces. Con delicadeza.

A una velocidad de superficie menor quizás a trescientos kilómetros por hora, sostenido al final por una llama cohete capilar que era como una varilla de arco voltaico, barrió la parte superior de la rejilla de aterrizaje. La llama, como una espada, lavó brevemente el borde más próximo. Muy brevemente. La llama cortó una hendidura a través de las vigas de acero y de los gruesos cables de cobre. Los cohetes rugieron furiosos. Ese corte de la rejilla está dirigido hacia abajo, como una cuchillada. Ahora el navío chilló y ascendió y siguió... y barrió por encima del lado lejano de la rejilla a sólo unos metros de la amplia zona de cobre que guiaba sus campos de fuerza hacia el espacio. Cortó aquí cables, viguetas y guías del campo de fuerza, en total por más de ciento veinte metros con respecto a la cumbre. La rejilla quedaba inútil hasta que se efectuase la penosa labor de repararla.

Calhoun utilizó casi lo último de su combustible para alcanzar altura mientras decía crispado por el espaciofono:

-¡Llamando a la flota! ¡Llamando a la flota! ¡Navío Médico llamando a la flota! ¡He desarbolado la rejilla de aterrizaje en Canópolis! Pueden descender ahora y ocuparse de los enfermos. Por así hablar, no hay armas en tierra y si no se muestran agresivos no habrá pelea. Aterrizaré lejos en alguna parte de las colinas hacia el norte de la ciudad. Si los habitantes de la localidad no cargan explosivos hasta allí y destrozan el navío para capturarme, les tendré preparados los datos para el anticuerpo. De hecho, en cuanto aterrice, se los daré por espaciofono, por si acaso.

Estuvo muy cerca de la muerte, sin embargo. El combustible de su cohete se había agotado cuando chocó contra el suelo. La llama chisporroteó y se apagó cuando la nave se encontraba a un metro de tierra. Cayó, quebrantando árboles. - Fue un claro y tosco aterrizaje.

- Murgatroyd estaba muy indignado por eso. Empezó a gritar agudamente mientras Calhoun se desligaba de la silla, y continuó indignado hasta que el hombre se asomó para ver dónde estaban.

*** * ***

Fue una semana más tarde cuando el Navío Médico - llevado hasta la rejilla para reparar y reponer combustible - estuvo preparado para partir otra vez al espacio. La original rejilla de aterrizaje seguía en pie, claro. Pero se la veía abrumada, tan enorme como era, por la supergigante rejilla volante de Phaedra. No habían, sin embargo, muchos navíos en tierra. Mientras Calhoun avanzaba hacia el edificio de control, ahora conectado por cable con las habitaciones de mando de la rejilla volante, uno de los pocos navíos que permanecían, pareció caer hacia el firmamento. Una segunda nave la siguió a los pocos instantes.

Entró en el edificio de control. Walker, el mayor de Phaedra, le saludó distraído con la cabeza al verlo entrar. El joven Walker le miró ceñudo. Estaba en consulta con su padre y la atmósfera era de gran reserva.

- Mmmm... - murmuró el mayor Walker, como un gruñido -. ¿Cuál es el informe?

- Bastante bueno - contestó Calhoun -. Había un lote de anticuerpo que parece un poco alterado bajo la tensión. Pero la situación general la considero satisfactoria. Se producirán

unos cuantos casos más de una clase u otra, claro... casos que están incubando ahora. Pero se resolverán con las inyecciones de anticuerpo. Por lo menos así ha pasado hasta ahora - se volvió hacia el joven Walker -. Hicistes un buen trabajo en reunir a los muchachos de trece a quince años para que escoltasen a los doctores de la flota y sujetaran los pacientes. Se tomaron el trabajo muy en serio. Eran ideales para esa tarea. Vuestro grupo de jóvenes guerreros...

- Una buena cantidad de ellos se han refugiado en los bosques - contestó sombrío el joven Walker -. ¡Juran que jamás se entregarán!

-¿Qué hay de las chicas?

El joven Walker se encogió de hombros.

- Van por ahí parloteando y empiezan ya a hablar de vestidos. Cuando lleguen las mujeres mayores supongo que el negocio de modistería será el más floreciente...

- Y los chavales de los bosques - anunció Calhoun -, vendrán para fascinarías y quedarán fascinados. ¿Crees que habrá mucho jaleo?

- Nooo - contestó sombrío el joven Walker -. Algunos de... nuestros jóvenes, parecen aliviados al verse libres de responsabilidad.

- Pero - intervino Walker el mayor, refunfuñando -, él la quiere. Disfruta con ella. ¡Y la tendrá - lanzó otro gruñido -. Lo mismo ocurrirá con los otros que mostraron lo que podían hacer aquí. Nosotros, los mayores, les necesitamos. No planeamos ninguna... ejem... represalia.

Calhoun alzó las cejas.

-¿Debo mostrarme sorprendido?

El viejo Walker rezongó.

-¡No querrá usted que caigamos mutuamente en los brazos unos de otros, después de lo que ha ocurrido! ¿Verdad? ¡No! Pero vamos a tratar de ignorar nuestras... diferencias en todo lo posible. Sin embargo, no podremos olvidarlas por completo.

- Sospecho que serán más difíciles de recordar de lo que se imaginan - vaticinó Calhoun -. Ustedes tenían una cultura que se desmoronó. Sus piezas estaban incompletas... y una sociedad necesita ser completa para sobrevivir. No es invento humano. Es algo que conocemos por instinto... como los pájaros tienen el instinto de hacer sus nidos. Cuando construimos una cultura según nuestros instintos, seguimos adelante. Cuando eso es imposible... hay dificultades - luego dijo -. No trato de darle un sermón.

- Oh - exclamó Walker el mayor -. ¿De veras?

Calhoun sonrió.

- Pensé que sería el hombre más impopular de este planeta - dijo animoso -. Y lo soy. Me entrometí con los asuntos de cada cual y nadie llevó a cabo sus planes tal y como los tenía preparados. Pero por lo menos nadie tampoco se siente ganador. Se mostrarán complacidos cuando alce la cuarentena y despegue, ¿verdad?

El viejo Walker contestó desdeñoso:

- No prestamos la mayor atención a su cuarentena. Nuestra flota está cargando a nuestras esposas en Phaedra, para transportarlas aquí tan de prisa como lo permita la superimpulsión. ¿Acaso creyó que íbamos a hacerle el menor caso a esa estúpida cuarentena?

Calhoun volvió a sonreír. El joven Walker dijo con dificultad:

- Supongo que creerá que debíamos... - se interrumpió y continuó con más cuidado que nunca -: Lo que usted dijo fue por nuestro bien, de acuerdo, pero nos duele a nosotros más que a usted. Dentro de veinte años, quizás, podremos reírnos de nosotros mismos. Entonces nos sentiremos agradecidos. Ahora sabemos lo que le debemos, pero no nos gusta.

- Y eso - dijo Calhoun -, significa que todo vuelva a la normalidad. Es la actitud tradicional hacia todos los médicos... se les debe mucho y sabe mal pagar. Firmaré la

liberación de vuestra cuarentena y despegaré en cuanto me deis combustible para el cohete, para caso de emergencia.

-¡En seguida! - dijeron los dos Walkers a coro.

Calhoun chasqueó los dedos. Murgatroyd se le acercó tambaleándose. Calhoun tomó la negra patita del «tormal» en su mano.

- Vámonos, Murgatroyd - dijo con buen humor -. Eres la única persona que yo traté en realidad malamente y no te importó. Supongo que la moraleja de todo esto es, que el «tormal» es el mejor amigo del hombre.